

Selección

TERROR

JOSEPH BERNA

LA MANSION DE LOS MIL Y UN HORRORES


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

345 – Nana por una difunta, *Curtis Garland*.
346 – En las garras del terror, *Ada Coretti*.
347 – Un diablo en apuros, *Clark Carrados*.
348 – Profesor de espiritismo, *Ralph Barby*.
349 – ¡Vuelve a la tumba, Helen!, *Adam Surray*.

JOSEPH BERNA

LA MANSION DE LOS MIL Y UN HORRORES

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 350
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 29.918 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

El Baviera Club, uno de los más populares locales nocturnos de Munich, se hallaba al completo como cada noche.

Las luces de la sala se habían apagado hacía tan sólo unos segundos y todas las miradas se hallaban fijas en la circular pista de atracciones, donde un reflector cuya luz cambiaba de color a cada instante, iluminaba a Renate Beyer, la artista de strip-tease que, al compás de una suave música oriental cargada de sensualidad, iniciaba su actuación

Tras unos estudiados movimientos de cintura, tan sensuales como la propia música, Renate se llevó las manos a la espalda y tiró del cierre del vestido.

Este se deslizó suavemente por su cuerpo, hasta caer blandamente a sus pies y Renate quedó en braguitas y sostén, ambas prendas de encaje, muy sugestivas.

Las medías, de red, estaban sujetas a un fino liguero

Renate silueteó su cuerpo con sus manos, rozándolo apenas, sin dejar de moverse como una anguila bajo las exóticas luces del reflector.

En la sala no se oía una mosca.

Y es que, si había alguna, se había detenido para presenciar la actuación de Renate Beyer.

Valía la pena, desde luego, porque Renate poseía un cuerpo espléndido.

La artista volvió a llevarse las manos a la espalda; esta vez para manipular el cierre del reducido sostén.

La prenda cayó sobre la pista, dejando al descubierto los pechos de Renate, a los que maldita la falta que les hacía el sostén, pues se mantenían erguidos por si solos.

Todas las miradas estaban ahora fijas allí, en el firme y desafiante busto de la artista, admirando su perfección.

Renate, siempre en movimiento — sus caderas parecían tener vida propia —, pasó sus manos por sus senos, en voluptuosa caricia, y los deslizó hasta su liso vientre, alcanzando la prenda inferior, de la cual tiró con desesperante lentitud hacia abajo, como si no se atreviese a desprenderse de ella.

Pero todos sabían que eso formaba parte del número y que su finalidad era excitar aún más a los espectadores, haciéndoles desear que la braguita cayera de una condenada vez.

Y la braguita cayó para deleite de todos, dejando a Renate Beyer completamente desnuda, a excepción del liguero, las medias y los zapatos, que la artista no se quitó.

¿Para qué, si todo lo que el público deseaba contemplar, ya estaba a la vista?

Renate se movió así unos segundos más, acariciándose cada curva, hasta que la luz del reflector se apagó, dejando la sala nuevamente a oscuras.

Cuando las luces del local se encendieron, la artista ya cubría su cuerpo

con una bata brillante.

Renate saludó al público, que premió su actuación con sonoros aplausos y luego se retiró.

Unos instantes después, aparecía en la pista un tipo alto y delgado, que lucía un impecable smoking. Se acercó a la boca el micro que llevaba en las manos y habló:

—Damas y caballeros, tengo el gusto de anunciar a ustedes la actuación de Inge Zinn, una maravillosa muchacha de sólo veinte años de edad, que estoy seguro les va a encantar, pese a que será la primera vez que se desnude en público.

Se escucharon algunos murmullos, porque aquello no dejaba de ser una novedad. Novedad que, para los amantes del strip-tease, tenía su interés.

El elegante presentador prosiguió:

—Sí. señoras y señores: Inge Zinn debuta esta noche como artista de strip-tease, pero el propietario del Baviera Club ha quedado tan satisfecho de las pruebas a que fue sometida la cautivadora Inge, que la ha contratado para todo un mes, convencido de que también a ustedes les va a satisfacer plenamente su actuación. ¡Les dejo con ella, amigos!

El presentador se retiró rápidamente de la pista.

Las luces de la sala se apagaron de nuevo.

Pocos segundos después, el reflector lanzaba su luz sobre la pista de atracciones, donde ya convergían las miradas de todos los espectadores, deseosos de presenciar el debut de la tal Inge Zinn.

La sorpresa que se llevaron fue mayúscula, pues en lugar de una bella y sensual muchacha de veinte años, en la pista había aparecido una anciana que tenía por lo menos ochenta, con el rostro lleno de arrugas y una espalda tan curvada que parecía que tenía joroba.

La anciana llevaba un paraguas de los de antes de la Segunda Guerra Mundial, el cual enarboló por la empuñadura, con fiero gesto.

—¿Dónde está el tipo que ha contratado a mi nieta para que se quede en cueros en público? —preguntó, con voz de armónica desafinada—. ¡Que salga, si es hombre, que lo voy a desgraciar de un paraguazo donde él sabe!

Los espectadores continuaron perplejos, aunque algunos rieron las palabras de la anciana, cuyo aspecto era de lo más cómico, gracias a los lentes que usaba, a su peinado, y a su vestido, todo ello más antiguo aún que el paraguas, incluido el ridículo sombrerito.

—¡Luces! ¡Pronto, luces! — pidió el tipo del smoking, corriendo hacia la pista.

La sala se iluminó nuevamente.

—¡Fuera de la pista, señora! —rogó el presentador, nerviosamente.

La anciana, al ver que el tipo la agarraba por un brazo, le arreó un paraguazo en toda la cabeza, derribándolo entre las carcajadas del público.

—¡No me iré sin mi nieta, larguirucho! — hizo saber, enarbolando nuevamente el paraguas— ¡Mientras yo viva, y le aseguro que aún viviré

bastante, Inge no se quedará como vino al mundo en una pista de atracciones! ¡El que quiera verla así, que se case con ella!

El presentador se puso en pie y recordó:

—¡Señora, su nieta ya es mayor de edad, puede desnudarse donde la apetezca!

—¿Sabe lo que me apetece a mí, larguirucho?

—¿Qué?

—¡Partirle esa cabeza de melón que tiene con mi paraguas! — rugió la anciana, y le arreó un segundo paraguazo.

Menos mal que el presentador anduvo listo esta vez y apartó la cabeza a tiempo, recibiendo el golpe en el hombro.

Antes de que la vieja le atizara de nuevo, el tipo saltó sobre ella y la sujetó.

—¡Suélteme, larguirucho! — ordenó la abuela de Inge Zinn, forcejeando bravamente.

—¡Vamos, tiene que salir de aquí!

—¡No sin mi nieta!

—¡Señora, por favor!

De pronto, ocurrió algo sorprendente.

En el furioso forcejeo, el vestido de la anciana se desgarró por detrás, a la altura de la cintura, obligándola a mostrar al público la cara posterior de sus muslos y su trasero, porque no Llevaba ropa interior.

¡Y qué muslos!

¡Y qué trasero!

Carne firme, tersa, fresca, como si en lugar de ochenta años tuviera veinte.

Los espectadores se hallaban estupefactos.

Y su estupefacción aumentó cuando, en otro momento del forcejeo que la brava anciana mantenía con el presentador de la sala, el vestido sufrió otro enorme desgarro, en esta ocasión por delante, a la altura del busto

¡Y qué busto!

Alto, separado, turgente, de círculos rosados

¡Como para reírse del de la italiana Ornella Mutti, vamos!

A un espectador, que estaba fumando, le cayó el puro dentro do la copa de champaña, de tanto que abrió la boca.

—Si mi suegra se conservara así de lozana, no me importaría tenería en casa — murmuró.

—¡Si la vieja está cien veces más apetecible que mi mujer, que sólo tiene veintinueve años! —exclamó el tipo que compartía la mesa con el que habla perdido el puro

Comentarios similares se escuchaban por toda la sala.

En la pista de atracciones, la anciana y el presentador seguían luchando, ella por quedarse allí hasta que apareciera su nieta y por arrancarla de la pista para que pudiera continuar el espectáculo.

Pero, para espectáculo, y de los buenos, el que ellos estaban dando.

Sí, porque lo que quedaba del vestido de la anciana no tardó en caer, y ésta

quedó como ella no quería que quedara su nieta: completamente desnuda.

Fue entonces cuando el tipo del smoking pareció darse cuenta de la increíble frescura y lozanía del cuerpo de la abuela de Inge Zinn y quedó paralizado, exclamando:

—¡Si está usted como un tren, abuela!

Ella, que seguía conservando el paraguas, le atizó con él en la testa, con muchas más ganas que antes

El presentador puso los ojos en blanco y se desplomó como un saco, quedando inmóvil sobre la pista.

La anciana se colocó rápidamente de espaldas al público y tras arrojar el paraguas, se quitó el sombrero y la peluca postiza, permitiendo que su dorada cabellera le cayera sobre los hombros.

Luego, se quitó los lentes y la mascarilla de goma que hacía que su rostro pareciese lleno de arrugas, volviéndose seguidamente de cara al público, para que vieran su rostro tal como era, terso y hermoso

Así, con las manos en las caderas, y las piernas ligeramente separadas, permitió que los espectadores, estupefactos todavía, la contemplaran largamente.

El presentador, que también había representado una comedia, levantó la cabeza y dijo:

—Aquí tienen a Inge Zinn señores. ¿Está o no está para comérsela?

Una estruendosa ovación demostró que sí, que Inge Zinn estaba como para convertirse en caníbales por su culpa, aunque el público, con sus aplausos y sus gritos, premiaba también la originalidad del número y el gran trabajo cómico que había desarrollado la artista, así como su magnífica caracterización, pues, mientras ella mantuvo a cubierto su escultural cuerpo, nadie sospechó que no se trataba de una anciana de ochenta años, sino de una muchacha de veinte.

Incluso después de mostrar sus prietas nalgas y sus moldeados y túrgidos senos, hubo sus dudas al respecto, como las del espectador que hubiera querido que su suegra se conservase así de lozana para tenerla en casa y darle un achuchón de vez en cuando.

Inge Zinn saludó al público, agradeciendo así los fuertes aplausos que le dedicaban, y luego emprendió una graciosa carrerita hacia la puerta por la que salían los artistas a la pista.

Allí le esperaba un empleado del club, con una bata de seda en las manos.

—Formidable, chica —dijo el tipo, ayudándole a enfundarse la bata.

—Gracias, precioso —sonrió Inge, y caminó hacia su camerino, muy alegre por el éxito obtenido en su debut en el Baviera Club.

Ya en el camerino, se quitó la bata y empezó a vestirse.

Sólo se había puesto el sucinto slip, de color rojo, cuando llamaron a la puerta.

Inge se enfundó nuevamente la bata y autorizó:

—Pase.

La puerta se abrió y un hombre joven entró en el camerino.

¡Y qué hombre!, pensó Inge, observándolo de pies a cabeza.

Unos veintiocho años de edad, alrededor de 1,90 de estatura, atlética complexión, pelo rubio, facciones agradables, traje oscuro de excelente calidad e impecable corte, zapatos de piel de cocodrilo...

Inge lo encontró pero que muy interesante, sí, señor.

—¿Quién es usted? —le preguntó la artista, al ver que él no decía esta boca es mía.

—Me llamo Jorg; Jorg Thiede — respondió el distinguido sujeto, con una suave sonrisa.

—¿Y qué es lo que desea. Jorg?

—He presenciado su actuación, Inge.

—¿Le ha gustado?

—Mucho.

—Gracias, es usted muy amable — sonrió cautivadoramente la artista.

—Creí que era una vieja de verdad.

—¿Incluso cuando empezó a desgarrárseme el vestido...? — preguntó Inge, maliciosa.

El apuesto Jorg asintió con la cabeza.

—¿Sabe lo que pensé, Inge?

—¿Qué?

—Que si la abuela de la artista que iba a debutar, estaba así de bien, cómo estaría su nieta...

Inge rió.

—Ya vio usted que éramos la misma persona.

—Lo del debut como artista de strip-tease no era cierto, ¿verdad?

—Claro que no. Llevo más de dos años haciendo strip-tease por diversos países de Europa, aunque es la primera vez que trabajo en Munich. Lo de decir que no me había desnudado nunca en público forma parte del número, para justificar la presencia de mi «abuela» en la sala.

—Una idea genial ¿De quién fue?

—Mía.

—La felicito.

—Se me ocurrió hace unas pocas semanas A lo largo de estos dos años me he desnudado como todas las demás y así es muy difícil destacar, por muy hermoso y sensual que sea tu cuerpo. En general, todas las artistas de strip-tease poseen un cuerpo bello y tentador, así que había que pensar en hacer algo original, que divirtiese al público además de proporcionarle el placer de contemplar a una mujer desnuda. Y creo que yo lo he conseguido.

—Puede estar segura.

—Todavía no me ha dicho lo que desea, Jorg

—Contratarla.

Inge Zinn enarcó las cejas.

—¿Es dueño de algún club nocturno ..?

—Oh, no. Sencillamente quiero que actúe para mí. En mi casa. Esta misma noche. Privadamente.

Los ojos de Inge brillaron.

—¿Cuánto está dispuesto a pagar?

—Lo que me pida

—¿Dos mil quinientos marcos..?

—Trato hecho.

Los ojos de Inge brillaron más.

—Nada usted en la abundancia, ¿eh, Jorg?

—No puedo quejarme.

—Me visto en un minuto.

—La espero fuera del club, en mi coche. Es un Mercedes gris

—De acuerdo.

El elegante Jorg Thiede, antes de abandonar el camerino, rogó:

—No hable de esto con nadie, Inge. Este Upo de cosas me gusta hacerlas con discreción.

—Descuide, Jorg —sonrió la artista.

Jorg Thiede salió del camerino.

Inge Zinn, muy contenta, por los dos mil quinientos marcos que iba a cobrar por su sesión privada de strip-tease y porque esta ha segura de que el atractivo de Jorg y ella acabarían en la cama, se despojó rápidamente de la bata y procedió a vestirse.

De haber sabido lo que realmente le esperaba en la casa a la que Jorg Thiede iba a llevarla, no se hubiera sentido tan alegre

Ni siquiera un poquito alegro.

Ninguna mujer podía sentirse alegre en una mansión tan antigua y tan siniestra como aquélla.

Las que la conocían, la llamaban «La mansión de los mil y un horrores».

Y el nombre estaba plenamente justificado.

Inge Zinn por desgracia para ella, lo iba a comprobar muy pronto.

CAPITULO II

El Volkswagen «Golf GTI», modelo de tres puertas y cinco plazas, motor delantero transversal, capaz de alcanzar los 180 km/h., circulaba por una carretera estrecha y solitaria, con árboles a ambos márgenes

Al volante del vehículo, de color azul oscuro, iba Hans Klein, un tipo de cara simpática, pelo rubio, abundante y rizado y ojos azules.

Hans, que contaba veintisiete años de edad y vestía prendas deportivas, era fotógrafo profesional y poseía un estudio muy completo en Munich

Junto a él viajaba Carla Stecher, una preciosa joven de veintidós años, pelo castaño, largo, suave y brillante, ojos verdes, labios perfectamente dibujados, siempre húmedos e incitantes.

Carla, que poseía un cuerpo esbelto y armonioso, quería ser modelo publicitaria* y con ese fin había ido a ver a Hans Klein aquella mañana.

Hans pensó que Carla Stecher reunía las cualidades necesarias para lograr sus deseos y le propuso llevarla aquella tarde a un bonito lugar que él conocía, para hacerle unas cuantas fotos al aire libre.

Carla aceptó, naturalmente.

Y muy ilusionada, además.

Las cosas, sin embargo, no debían de haber ido demasiado bien, a juzgar por el ceñudo gesto que ahora, ya de noche cerrada y de regreso a Munich, se observaba en su bello rostro

Tampoco Hans Klein parecía muy contento que digamos

Los dos llevaban un buen rato sin hablar.

De pronto, Carla Stecher rompió el silencio, preguntando:

—¿Estás seguro de que esta carretera lleva a Munich, Hans?

—¿Crees Que si no lo estuviera, la hubiera tomado? —repuso el fotógrafo.

—Tú eres capuz de tomar cualquier cosa, con tal de no llegar esta noche a Munich.

—No empecemos otra vez. Carla

—Tú empezaste, no yo.

—¿Qué es lo que empecé yo?

—No me llevaste a aquel solitario y exótico lugar para hacerme fotos, sino para hacerme el amor

—Eso no es verdad.

—Me besaste y me acariciaste los senos.

—Para entonces ya había gastado contigo dos películas enteras.

—Para despistar. En tu mente no ha estado nunca el hacer de mí una de las más cotizadas modelos publicitarias de Alemania, gracias a tus fotos, sino una desgraciada.

—¡Carla!

—Es la verdad.

—Debería darte una bofetada.

—Atrévete y te arranco la mitad del pelo

—Eso, la mitad, porque la otra mitad me la arrancaste ya

—Aquello fue un tironcito de nada, comparado con el que te daría ahora si te atrevieras a abofetearme.

Hans Klein se tocó la cabeza.

—Todavía me escuece el cuero cabelludo — rezongó.

—Si no te hubieras echado sobre mí, aprovechando que me hallaba desnuda y tendida sobre la hierba, no te habría tirado del pelo —gruñó Carla Stecher.

—No me eché sobre, ti, tropecé en una piedra y me caí.

—En el suelo no había ninguna piedra, embustero.

—Pues tropezaría en un arbusto.

—Y caíste sobre mi busto.

—Qué gusto — sonrió levemente Hans, recordando escena.

Carla apretó los dientes.

—A mí no me dio gusto, me dio susto, porque adiviné tus intenciones en cuanto me besaste y deslizaste tus manos hacia mis pechos desnudos.

—Fue algo instintivo, créeme

—Que te voy a creer.

—Carla, soy fotógrafo profesional desde hace cinco años y he tenido ante mi cámara infinidad de mujeres jóvenes y hermosas y te aseguro que no tengo por costumbre arrojarme sobre ellas cuando se quitan la ropa. Estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas y sé controlarme perfectamente. Lo que me ocurrió contigo fue un accidente, te lo juro.

—Una amiga mía sufrió un accidente parecido, y ahora está embarazada de cuatro meses

—Por favor —sacudió la cabeza Hans.

—Está bien, supongamos que admito que no te caíste deliberadamente. ¿Por qué no te levantaste en seguida?—preguntó Caria.

—No lo sé.

—¿Por qué me besaste?

—Tampoco lo sé

—Qué chico tan torpe, no sabe nada—sonrió sarcásticamente la joven

—Debo recordarte que tú no rechazaste mi beso, Carla — masculló el fotógrafo.

—Al principio, no, es cierto; pero cuando tus manos entraron en acción

—Actuaron por instinto, ya te lo dije antes.

—También las mías, hacia tu pelo.

—No era necesario tirar de él con tanta fuerza.

—Tenía que apartarte de mí como fuera.

—Y casi me apartaste calvo.

—Sólo te arranqué un mechoncito, exagerado.

—¿Es que no te han besado y acariciado nunca?

—Solo cuando yo lo he deseado, no por sorpresa.

—Así no llegarás a ningún sitio.

—De momento, me conformo con llegar a Munich.

—Difícil está la cosa — rezongo Hans.

Carla Stecher se envaró.

—¿Por qué dices eso?

—¿No oyes el motor?

—¿Qué le pasa al motor?

—Hace ruido

—Claro, y las vacas hacen leche.

—¿Cómo?

—Que el motor hace ruido porque está en marcha. Todos los motores hacen ruido cuando están funcionando.

—Pero no así de raros.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Que algo talla y temo que el motor se pare de un momento a otro.

Carla Stecher entrecerró los ojos.

—¿Seguro que no es un truco tuyo, Hans?

El fotógrafo la miró, realmente enfadado

—¿De veras me crees capaz de...?

—De todo

—Vete al diablo, Carla.

La aspirante a modelo publicitaria se calló y esperó a ver qué pasaba.

Pasó lo que Hans Klein temía; que el motor dejó de funcionar y el coche se paró.

—Hasta aquí hemos llegado, Carla — suspiró Hans.

—¿Dónde está el motel? — preguntó ella.

—¿Motel? ¿Qué motel?

—Ese al que piensas llevarme, para ver si logras que me deje seducir por ti.

Hans estuvo a punto de soltar un taco.

—¿Quieres ver cómo te mando aún más lejos que antes? — advirtió, los músculos faciales atirantados.

—Si es a un sitio que huele mal, guárdate mucho porque no consiento que nadie me mande allí.

—No soy tan grosero. Carla —gruñó Hans, tomando una lámpara eléctrica y saliendo del coche.

Carla Stecher también salió.

Vestía una bonita blusa, de manga larga, amplía y ligera y una falda larga, abierta por delante

Hans Klein levantó el capó y enfocó el motor con la lámpara.

—¿Qué le pasa? — preguntó Carla.

—Creo que es el hígado.

—¿El qué...?

—Que no tengo ni idea, mujer. Soy fotógrafo, no mecánico.

—Muy gracioso — masculló Carla—. Bien, ¿y qué vamos a hacer ahora?

—Esperar a que pase algún coche y quiera remolcarnos.

—No hemos visto ninguno desde que tomamos esta carretera.

—Sí, eso es verdad. Prefieren todos la general.

—Menos tú. Y sospecho por qué.

Hans la miró severamente.

—Me estoy hartando. Carla

—Pues toma bicarbonato. Harás mejor la digestión.

—Muy chistosa — gruñó Hans, bajando de golpe el capó.

—Cuidado no te pilles un dedo.

—Otra cosa te gustaría a ti que me pillara, estoy seguro.

—Bueno, confieso que me quedaría más tranquila —sonrió Carla, con un brillo pícaro en la mirada.

—Puedes estar tranquila de todos modos. Ahora que sé la opinión que tienes de mí, no te pondría la mano encima ni por un millón de marcos.

—Te animarías por bastante menos, estoy segura.

—Busca un pozo y tírate de cabeza a él, anda — rezongo Hans, dando la espalda a la muchacha.

Carla miró a su alrededor.

De pronto dio un respingo y exclamó:

—¡Eh, Hans!

—¿Encontraste ya el pozo?

—¡Una luz, eso es lo que encontré!

—¿Dónde?

—¡Allí a lo lejos!

Hans miró hacia donde le indicaba Carla.

—Debe ser una casa — murmuró.

—¿No será el motel, Hans...? —preguntó la joven, mirándolo nuevamente con desconfianza

—Debe ser tu padre, vestido de minero, que acaba de encender la luz de su casco — respondió el fotógrafo, las mandíbulas apretadas.

—¡Eh!, con mi padre no te metas tú

—¡Ni tú conmigo, maldita sea!

Carla Stecher, cosa rara, no replicó esta vez.

Hans Klein, furioso, apagó las luces del Volkswagen y cerró las puertas, echando a andar seguidamente hacia los árboles, iluminando el suelo con la lámpara eléctrica.

—¡Eh, Hans! —Respingó Carla, al verle alejarse— ¿Adónde vas?

—¡A la casa! ¡Puedes venir conmigo o quedarte aquí, haciendo compañía a los grillos! ¡Lo que más te plazca!

Carla no lo dudó.

—¡Espérame… Hans! — rogó, corriendo tras él.

Apenas salir de la carretera, tropezó con algo y se vino abajo cuan larga era

—¡Hans! — gritó.

El fotógrafo se detuvo y la buscó con la luz de la lámpara

—¿Qué haces tendida en el suelo?

—¡Me he caído!

—¿De veras...?

—¡He debido tropezar con una piedra o un arbusto!

—¿Seguro que no te has dejado caer?

—¡No seas idiota, Hans!

—Eso debí responderte yo a ti, cuando me acusaste de haberme echado sobre ti deliberadamente.

Carla se mordió los labios.

En tono mucho más suave, rogó:

—Ayúdame, Hans, por favor. Me duele mucho la rodilla...

—Lo haré, aunque no te lo mereces —rezongó el fotógrafo, regresando sobre sus pasos.

Ayudó a la muchacha a ponerse en pie.

Ella, con gesto de dolor, se abrió la falda.

—Enfócame Hans

El fotógrafo lo hizo.

—No tan arriba, descarado. Es la rodilla lo que me duele, no la ingle

Hans bajo la luz hasta las rodillas de la joven.

Ella elevó un poco la derecha, que era la que había recibido el fuerte golpe.

Hans se la observó.

—No tienes ninguna herida, Caria.

—Pues me duele terriblemente — se quejó la muchacha.

—¿Podrás caminar?

—Seguro que no.

—Entonces, tendré que llevarte en brazos.

—¿Podrás?

—Bueno, no soy Míster Universo, pero tampoco un fideo. Toma, lleva tú la lámpara.

Carla se hizo cargo de la lámpara eléctrica y Hans la tomó en brazos, sin tener que esforzarse demasiado, porque era un joven sano y fuerte.

—Gracias. Hans — dijo la muchacha, quedamente.

—De nada — gruñó el fotógrafo, y echó a andar hacia la luz que se veía a lo lejos

Pocos minutos después, descubrían la casa.

Una casa grande, enorme, muy antigua.

De aspecto un tanto siniestro.

Sí.

Se trataba de «La mansión de los mil y un horrores».

CAPITULO III

Hans Klein y Carla Stecher contemplaron la extraña mansión.

El fotógrafo, con curiosidad; la aspirante a modelo publicitaria, con cierto temor.

—No me gusta nada, Hans — murmuró Carla.

—¿La casa?

—Tiene un aspecto lúgubre. Casi macabro.

—Porque es muy antigua.

«Tan antigua, que ni siquiera debe tener luz eléctrica», pensó Carla, observando la antorcha encendida que permanecía metida en el aro de hierro que sobresalía en la fachada de la casa, justo sobre la puerta, gruesa y fuerte romo la de un castillo medieval.

—A lo mejor está habitada por vampiros.

—¡No gastes esas broma?, Hans! — se estremeció Carla.

—No me digas que tienes miedo...

—¡Si, lo tengo!

—Eres una niña, Carla.

—Tú me has visto sin ropa y sabes que hace años que dejé de serlo.

—Que te comportas como tal, quiero decir.

—Volvamos al coche, Hans.

—¿Para qué, si no va?

—A lo mejor, si le damos unos empujoncitos...

—Buena estás tú, para empujar coches.

—Es verdad, me había olvidado del batacazo.

—Necesitamos ayuda, Carla.

—Sospecho que aquí no vamos a encontrarla

—Ya verás cómo sí —sonrió el fotógrafo, caminando hacía la casa.

—¿Qué vas a hacer, Hans?

—Llamar a la puerta

—Te apuesto a que nos abre el conde Drácula.

—Como no se haya escapado de alguna de sus películas... —rió Hans.

—Tú no crees que existió realmente, ¿verdad?

—Claro que no. Sólo es una leyenda.

—Pues yo sí creo que existió de verdad. Y también el hombre lobo. Y el monstruo de Frankenstein.

—Les saludaremos a todos, si es que se encuentran aquí — bromeó Hans.

—Sí, tú ríete, pero .

Ya estaban frente a la recia puerta.

Hans dejó a Carla en el suelo y preguntó:

—¿Cómo va tu rodilla?

—Me sigue doliendo.

—Apóyate en mí mientras llamo.

—Sigo pensando que deberíamos largarnos, Hans

—Y yo sigo pensando que eres una niña, pese a tus espléndidas formas de mujer.

—Dios quiera que no tengamos que salir corriendo, porque como tengo yo la pierna

Hans Klem levantó la pesada aldaba y la dejó caer, repitiendo su acción dos veces más.

Un par de minutos después, se escuchaba el agudo chirriar de un grueso cerrojo.

—Hans... — musitó Carla, apretándose al fotógrafo.

—Tranquila, mujer — sonrió él, pasándole el brazo por la cintura.

Pero su sonrisa se borró al abrirse la pesada puerta y quedar visible la mujer que había descorrido el cerrojo, portando un candelabro de plata en las manos.

Era muy alta, delgada y tan fea, que hacía sospechar que pudiera tratarse de un hombre disfrazado de mujer. Tenía, además, la mirada fría, misteriosa, enigmática, y como vestía totalmente de negro su aspecto resultaba de lo más siniestro, a lo cual, sin duda, ayudaba no poco el reflejo de la luz del candelabro, que dejaba su cara blanca como la de un muerto, dándole un toque fantasmagórico.

Carla Stecher sintió que le fallaban las rodillas; la que le dolía y la otra.

—Hans... — pronunció, con voz estrangulada, clavando sus uñas en el brazo de él.

El fotógrafo carraspeó antes de hablar, por temor a soltar un gallo, y saludó a la bruja, cuya edad era difícil de calcular.

—Buenas noches, señora.

—¿Qué se les ofrece? — preguntó ella, en tono tan frío y enigmático como su mirada.

—Nuestro coche se averió, no lejos de aquí y quisiéramos...

—¿Pasar la noche en la casa?

—¡No!— respondió inmediatamente Carla —. Sólo llamar por teléfono.

La bruja clavó su siniestra mirada en ella.

—No tenemos teléfono — hizo saber.

—Entonces, adiós. Vámonos, Hans.

—Espera, Carla.

—Hans, por favor... — suplicó la joven.

El fotógrafo volvió a dirigirse a la bruja.

—¿Es usted la dueña de la casa, señora?

—No; soy el ama de llaves.

—¿Quién es el dueño?

—El señor Bodendorf; Lothar Bodendorf.

—¿Se encuentra él en casa?

—Sí.

—¿Podríamos hablar con él?

—No; está acostado.

—Claro, es tarde... ¿Cómo se llama usted, señora?

—Svetlana.

—¿Tiene cocho el señor Bodendorf, Svetlana?

—Sí.

—¿Y no podría llevarnos alguien en él a Munich?

—Hasta mañana, no. El secretario del señor Bodendorf se fue con el coche a Munich hace un par de horas y no regresará hasta muy tarde — explicó el ama de llaves.

—Entiendo.

—Si desean pasar la noche aquí, pueden hacerlo. Hay habitaciones de sobra.

—Muy amable, Mariana.

—Svetlana.

—Oh, sí, perdón —tosió el fotógrafo

—Pasen — indicó el ama de llaves.

—Vamos. Carla.

—No, Hans —rogó la muchacha, tirando del brazo de él.

—Tenemos que aceptar la amable invitación de Svetlana, Carla. Estamos muy lejos de la carretera general y tu rodilla está lastimada. No puedes caminar.

—¿Quién te ha dicho que no? — repuso la joven, soltándose de él e intentando caminar sin ningún apoyo.

Menos mal que Hans anduvo listo y la sostuvo a tiempo, porque de lo contrario se hubiera derrumbado.

—¿Te das cuenta, Carla? La rodilla te falla...

La muchacha contuvo un sollozo.

—Pasen — volvió a indicar Svetlana.

Hans Klem tomó nuevamente en brazos a Carla Stecher y entraron en la casa, cuyo aspecto interior era aún más siniestro que el exterior.

El ama de llaves cerró la puerta y corrió el pesado cerrojo.

—Síganme — ordenó, caminando hacia la escalera que se veía al fondo del enorme vestíbulo, iluminado por un par de hachones.

Hans obedeció.

Al llegar al pie de la escalera. Svetlana se detuvo.

—¡Grzejszczak!

—Jesús — dijo Hans.

El ama de llaves le miró.

—¿Por qué dice Jesús?

—¿No ha estornudado usted?

—Estoy llamando al criado.

—¿De veras...? —parpadeó Hans.

Svetlana volvió a mirar hacia lo alto de la escalera.

—¡Grzejszczak!

—¿Verdad que tiene nombre de estornudo? — murmuró Hans al oído de Carla.

—Debe ser polaco — dijo la joven, muy bajo también.

—Sí, es polaco — confirmó el ama de llaves, demostrando que tenía un oído muy fino.

Segundos después, el criado aparecía en lo alto de la escalera.

A Carla Stecher se le escapó un gemido de terror.

Y la verdad es que no era para menos.

El polaco debía rozar los dos metros de estatura y poseía un corpachón impresionante.

Parecía un levantador de peso, capaz de levantar lo que se le pusiera por delante.

A él, en cambio, no habría quien le levantara.

Hans Klein, no menos impresionado que Carla Stecher por la corpulencia del criado, le concedió ciento cincuenta kilos de peso y pensó que se quedaba corto.

Pero, si impresionante era el cuerpo del polaco, más impresionante era aún su cara, pues la tenía de caballo, y como además llevaba la cabezota afeitada, mirarlo daba ganas de echar a correr.

Y Carla lo hubiera hecho de no tener la rodilla lastimada.

—Grzejszczak, acomoda a esos jóvenes en el ala oeste de la casa — indicó Svetlana.

Como Hans no movió las piernas, el ama de llaves rogó:

—Vayan con Grzejszczak.

—Sí, gracias — carraspeó el fotógrafo, y empezó a subir los peldaños de la amplia escalera, siempre con Carla en brazos, ésta cada vez más pálida y asustada.

Cuando estuvieron arriba el polaco, que aún impresionaba más visto de cerca, indicó:

—Síganme.

Carla sintió un escalofrío, porque el hercúleo criado tenía voz de perforadora en marcha.

«Habría que escucharle cantando El Barbero de Sevilla pensó Hans.

El polaco echó a andar por el corredor, iluminado también por hachones encendidos.

Hans Klein fue tras él.

Unos minutos después, el criado se detenía ante la puerta, la cual abrió, indicando:

—Entren.

Hans penetró en la habitación, una alcoba amplísima con una cama enorme con dosel.

El polaco encendió un candelabro y pregunto:

—¿Van a dormir los dos en esta alcoba, o prefieren una para cada uno?

Hans miró a Carla.

—Dormiremos los dos en ésta — respondió ella, sin vacilar.

Hans sonrió y dijo:

—Ya lo ha oído, Gorilontochack.

El criado entornó los ojos.

—¿Cómo me ha llamado?

Hans tosió

—Perdón, es que no sé pronunciar su nombre.

—Grzejszczak.

—Eso.

—Pueden llamarme Eugenius. Es más fácil de recordar y pronunciar.

—Oh, sí, mucho más fácil — sonrió Hans.

—Si desean alguna cosa, tiren de ese cordón rojo que hay junto a la cama. Acudiré en seguida.

—Muy amable, Eugenius.

—Que descansen

—Gracias. ¡Oh!, un momento. Eugenius. ¿No tendrá usted a mano un botiquín? La señorita se cayó y se lastimó la rodilla.

—Le traeré un frasco de linimento.

—Muchas gracias, Eugenius.

El criado salió de la alcoba, cerrando la puerta..

Hans depositó a Carla sobre la cama, muy alta

—Simpático el tal Elefantochack, ¿eh? —bromeó el fotógrafo.

—Y guapo — dijo la joven, siguiendo la broma

—Tiene una cara de equino que da ganas de saltar sobre su espalda y cabalgar un rato

—¿Y qué me dices del ama de llaves?

—Que tiene cara de eso, de llave; pero inglesa.

—No me gusta nada su mirada

—A mí, ni su mirada ni nada Pero reconozco que nos ha hecho un gran favor, permitiéndonos pasar la noche aquí.

—Nunca debimos venir a esta casa. Hans.

—No pasará nada, tranquilízate.

—Yo tengo el desagradable presentimiento de que va a pasar mucho

—¿Por eso preferiste que durmiéramos los dos en la misma habitación?

—Sí. En una casa tan siniestra como ésta, no dormiría sola ni por codo el oro del mundo ¿No tienes la extraña sensación de que estamos siendo observados, Hans? —preguntó Carla, mirando las gruesas paredes de la alcoba

—No, yo no.

—Pues yo si

—Es producto del miedo que sientes.

En aquel momento la puerta se abrió y el criado polaco entró en la alcoba, con un pequeño frasco en las manos

—El linimento —dijo, entregándoselo al fotógrafo

—Gracias. Eugenius.

El criado se retiró.

Hans se dispuso a aplicar el linimento en la rodilla de Carla.

Esta murmuró:

—Hans

—¿Qué?

—Caria vez es más fuerte el presentimiento de que alguien nos observa.

—Si es así, se pondrá muy contento de ver unas piernas tan bonitas como las tuyas —sonrió Hans, y se las descubrió para aplicarle el linimento

CAPITULO IV

El apuesto Jorg Thiede detuvo el Mercedes gris frente a la enorme y antigua mansión

—Hemos llegado — dijo, parando el motor.

—¿Vive aquí. Jorg...? —preguntó Inge Zinn, visiblemente desilusionada.

—No, yo vivo en Munich. Pero en la casa que poseo allí no puedo llevar a una artista de strip-tease que se tiene que desnudar para mí.

—¿Por qué? ¿No hubiéramos estado solos?

—Exacto.

—¿Es usted casado. Jorg?

—Sí.

—Oh.

—No se preocupe por eso — sonrió el rubio —. Esta casa también es mía y aquí no nos molestará nadie. Es antigua y un tanto lúgubre, lo sé; pero se acostumbrará en seguida a ella y se sentirá a gusto, estoy seguro. ¿Vamos?

—Sí.

Descendieron los dos del Mercedes.

Jorg llamo a la puerta, utilizando la pesada aldaba.

—¿No hay luz eléctrica? — preguntó Inge, mirando la antorcha.

—No.

Poco después. Svetlana abría la puerta, candelabro en mano.

Inge se asustó al descubrir a aquella siniestra mujer

—Jorg —musitó, agarrándose a él.

—Es mi ama de llaves — explicó el rubio— Vamos, entre.

Inge se dejó introducir en la casa.

Jorg la condujo a una de las alcobas del ala este de la mansión, cuyos candelabros permanecían encendidos.

La artista de strip-tease, impresionada todavía por el aspecto de Svetlana, murmuró:

—¿Por qué es tan fea, Jorg?

—¿Quién?

—Su ama de llaves.

—Si fuera joven y bonita, mi esposa no me dejaría tenerla —sonrió el rubio

—Ah, es por eso

—Claro.

—Bien. ¿Cuándo quiere que empiece?

—¿Se refiere a su actuación?

—Por supuesto

—Cuando quiera.

—¿Sin música?

—Oh me olvidaba de eso — Jorg se dio una palmadita en la frente—.

Traeré el tocadiscos a pilas que tengo en el salón.

—Voy con usted.

—No usted espere aquí Inge

—Me asusta un poco quedarme sola, lo confieso.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—No hay motivo. Vuelvo en un minuto, Inge.

—Jorg — quiso insistir la artista de strip-tease.

El rubio le guiñó el ojo y salió de la alcoba, cerrando la puerta.

Inge oyó que hacía girar la llave y aún se asustó más.

—¡Jorg! — llamó, corriendo hacia la puerta. Trató de abrirla, pero no pudo

—¡Jorg! —gritó, golpeando la recia madera con sus puños, hasta hacerse daño.

Pero Jorg no abrió.

Ni dejó oír su voz.

Inge Zinn sintió deseos de llorar.

Empegaba a sospechar que había caído en una trampa, hábilmente tendida por el tal Jorg Thiede

¿Qué quería de ella?

¿Por qué la había llevado a aquella siniestra casa y encerrado con llave en una habitación?

¿Se dedicaría Jorg Thiede a la trata de blancas?

Inge se vio ya en un sucio prostíbulo africano, despachando una veintena de clientes por día y se aterró.

De pronto, escuchó un leve ruido.

Inge se volvió en el acto.

Se le erizó la piel al ver que una puerta secreta se estaba abriendo, precisamente en la pared junto a la cual se hallaba el cabezal de la amplia cama con dosel.

Se abría con lentitud y casi con absoluto silencio.

Inge contuvo la respiración, los ojos fijos en la puerta secreta, la espalda y las manos pegadas a la otra, la que había cerrado con llave Jorg Thiede.

La puerta secreta se abrió del todo y alguien surgió por el hueco.

Inge Zinn lanzó un grito de horror

¡Era un ser horrible!

¡Cabello larguísimo y desordenado, que parecía estopa; la piel de la cara, roja: como en carne viva; la cuenca del ojo izquierdo, espantosamente vacía; la nariz carcomida, quedando visible partes del hueso; los labios, como recortados a cuchilladas; los dientes negruzcos, y le faltaban más de la mitad...!

Aquello no era un hombre, era un monstruo!

Inge Zinn hubiera querido desmayarse para dejar de contemplar al terrorífico personaje pero siguió despierta, para su desgracia

Desgracia, si, porque el horripilante ser caminó lentamente hacia ella.

Caminaba encorvado y cojeaba sensiblemente de la pierna derecha dando la impresión de que tenía un hombro más alto que el otro

Inge Zinn, dentro de su horror, pudo comprobar que también la piel del cuerpo del espantoso ser era roja y parecía estar en carne viva.

El ser vestía una especie de camisón, abierto por arriba, y podía verse parte de su tórax, sus manos, sus piernas, de pantorrilla para abajo, sus pies descalzos.

Inge Zinn sintió que sus piernas quedaban sin fuerza, como dormidas y que se le doblaban, y su espalda y sus manos resbalaron poco a poco por la puerta, hasta quedar sentada en el suelo, presa del más infinito horror.

El espeluznante ser se detuvo a unos dos metros de ella y la observó fijamente con su único ojo, desprovisto de pestañas y brillante como el de una fiera dispuesta a atacar.

—No temas. Inge. No pienso hacerte daño — habló, con voz ronca, extraña, profunda.

La artista de strip-tease siguió mirándolo con ojos desencajados de horror.

—Soy Lothar Bodendorf, el dueño de esta casa. Esta cara y este cuerpo tan horribles son el recuerdo del incendio que destrozó mi laboratorio, hace ya casi dos años. Yo era un hombre sano, fuerte, atractivo todavía, pese a mis cuarenta y un años. Créeme si te digo que las mujeres se me entregaban sin reservas con sólo dirigirles una mirada. Ahora, sin embargo, ya ves. El fuego me convirtió en un ser deforme y monstruoso, que sólo causa horror y repugnancia a todos; especialmente a las mujeres. Pero yo no me resigno a renunciar a ellas. Son lo más hermoso de este mundo, y quiero seguir gozando de su compañía hasta que muera. De la de una de ellas, por lo menos.

El ser hizo una pausa y prosiguió:

—Tú no eres la primera mujer que Jorg me trae engañada, pero si me gustaría que fueras la última. Si logras vencer el asco y el terror que mi abrasado cuerpo te causa y te muestras cariñosa y complaciente conmigo, todos mis bienes serán para ti cuando yo muera, y mi fin intuyo que no está lejano. Ascienden a más de dos millones de marcos. Si accedes a compartir ese lecho conmigo — señaló la alta cama —, mientras viva, esa fortuna será tuya, Inge

La artista de strip-tease siguió callada.

No tenía fuerzas para hablar.

Y menos aún para gritar.

Lothar Bodendorf se acercó más a ella y trató de acariciarle el rostro con su repulsiva mano, de uñas largas y oscuras.

Inge Zinn se dejó caer de lado, esquivando así el contacto de aquella mano que la horrorizaba, y quedó prácticamente acostada en el suelo, las manos apoyadas en él.

El único ojo de Lothar Bodendorf despidió un centelleo.

—Por tu bien te aconsejo que venzas tu repugnancia, Inge. En esta casa hay horrores mayores para una mujer que aceptar el contacto de mi cuerpo

deformado por las llamas, y los conocerás todos sí sigues rehuyéndome— advirtió.

La artista movió débilmente la cabeza, en sentido negativo.

Se estaba diciendo que era imposible.

No podía haber mayor horror para una mujer que entregarse a un ser tan monstruoso como aquél.

Cada caricia supondría un espasmo de asco.

Cada beso, un vómito.

Y el abrazo sexual, un infierno.

No.

Ella nunca se entregaría a aquel horror de hombre.

Prefería mil veces la muerte.

Aunque fuese la peor de las muertes.

Lothar Bodendorf intentó de nuevo tocarle la cara con su abrasada mano.

—¡No...! — chilló Inge, sorprendiéndose a sí misma de que la voz brotara de su hasta entonces paralizada garganta, y se arrastró por el suelo como un animal, alejándose del dueño de la casa.

Lothar Bodendorf soltó un rugido de cólera.

—¡Está bien, tú lo has querido! ¡Eugenius! — llamó, volviéndose hacia la puerta secreta

Por ella apareció el gigantesco polaco, con su cráneo rapado y su cara de caballo.

Inge Zinn se aterrorizó aún más

—¡Llévatela, Eugenius! — ordenó Lothar Bodendorf—, ¡Que conozca los horrores de esta casa, uno por uno! ¡Tal vez eso le haga reconsiderar su postura y te suplique que la traigas de nuevo a mi lado!

El polaco fue hacia la artista de strip-tease, mostrando sus dientes de equino.

Inge chilló de nuevo todo lo fuerte que pudo y volvió a arrastrarse por el suelo, tratando de rehuir las enormes y velludas manos de Eugenius Grzejszczak.

No lo consiguió, claro.

El mastodonte la agarró por la cintura y la levantó como si levantara un almohadón de plumas, echándosela sobre el hombro izquierdo.

Inge dio nuevos chillidos.

Pataleó furiosamente.

Golpeó con desesperación la enorme espalda del polaco con sus menudos puños.

De nada le sirvió.

Era como tratar de hacer mella en un bloque de granito con un par de chupa-chups.

El polaco rió como un mamut borracho y echó a andar, desapareciendo con la artista por la puerta secreta, la cual cerró.

Lothar Bodendorf, furioso por el nuevo fracaso, caminó hacia la otra

puerta, la de la alcoba, y dio unos golpes en ella con su mano.
Al instante se escuchó cómo giraba la llave en la cerradura.
La puerta se abrió, dando paso al apuesto Jorg Thiede, quien no pudo evitar un estremecimiento al mirar a Lothar Bodendorf, pese a que ya lo había visto infinidad de veces.
Pero no lograba acostumbrarse.
Era demasiado horroroso.
Esforzándose por disimular, como hacía siempre, preguntó:
—¿Qué ha pasado, señor Bodendorf?
—Lo de siempre — gruñó el desgraciado— La chica no consintió que la rozara siquiera. Su cara reflejaba un horror y un asco indescriptibles. Como la de todas.
—¿Dónde está?
—Eugenius se la ha llevado al sótano, con las otras.
—Esperemos que eso la haga cambiar de idea.
—Ojalá, aunque no tengo demasiadas esperanzas. Las otras mujeres no han cambiado de idea, pese a lo mucho que están sufriendo.
—No desespere, señor Bodendorf. Si Inge no accede a entregarse a usted, le traeré otra mujer joven y hermosa. Todas las que hagan falta, hasta que una de ellas esté dispuesta a complacerle en todo.
El ojo de Lothar Bodendorf brilló extrañamente.
—Hay otra mujer joven y hermosa en la casa, Jorg.
—¿Qué? — se sorprendió el rubio.
—Se llama Carla, y posee un cuerpo perfecto.
—¿Quién se la ha traído?
—Ha venido con un tipo llamado Hans. Su coche se averió no lejos de aquí y vinieron a pedir ayuda. Svetlana los invitó a pasar la noche aquí y ellos aceptaron. Eugenius los instaló en una de las alcobas del ala oeste. Observé a la muchacha por la mirilla secreta y me gustó mucho.
—¿Está pensando en...?
—Si
—Olvídelo, señor Bodendorf.
—¿Por qué?
—Es mejor que yo le escoja las chicas. Siempre le traigo mujeres cuya desaparición no levanta mayores sospechas, porque pertenecen al mundo frívolo, mundo del espectáculo y ya se sabe que ese tipo de chicas siempre están largándose con unos y con otros, salvo raras excepciones, y la policía no pierde el tiempo buscándolas, en el caso de que sea denunciada su desaparición, lo cual casi nunca ocurre — explicó Jorg Thiede.
—Lo tengo decidido, Jorg.
—Pero...
—Ocúpate de que el coche de esa pareja desaparezca, Jorg. Es lo único que tienes que hacer. De lo demás. Eugenius se encargará.
Jorg Thiede suspiró.

—Como quiera, señor Bodendorf — dijo, y salió de la alcoba.

CAPITULO V

Hans Klein desenroscó el tapón del frasco de linimento y se echó un poco de líquido en la palma de la mano, aplicándolo seguidamente sobre la rodilla derecha de Carla Stecher, empezando a masajearlo con suavidad.

La Joven arrugó la cara y contuvo un gemido de dolor.

—¿Te hago daño, Carla?

—Un poco.

—Esto te aliviará el dolor, ya lo verás.

—Se me ha hinchado, ¿verdad?

—¿El qué?

—¿El qué va a ser? La rodilla.

—Ligeramente

—Debería vérmela un médico.

—Ya te estoy viendo yo, que también entiendo de eso...

—Tú eres fotógrafo, no médico.

—Antes de dedicarme a la fotografía, fui masajista.

—¿De veras?

—¿Es que no se me nota?

—Que tienes mucha cara, sí.

—¿Por qué dices eso?

—Me estás masajeando todo el muslo.

—Para evitar que el dolor se vaya para arriba.

—Lo que se va para arriba son tus manos. Tan para arriba, que dentro de poco me estarás masajeando el ombligo.

—¿Quieres ver como interrumpo los masajes? — se enfadó Hans.

—No. por favor — rogó Carla —. Sólo te pido que no te aproveches.

—Cuando siento deseos de acariciar un buen par de piernas femeninas, no necesito recurrir a esto. Tengo donde escoger, ¿sabes?

—No lo dudo. Siendo fotógrafo profesional...

—Tú lo has dicho.

—¿Con cuántas de las chicas que han posado sin ropa ante tu cámara te has acostado?

—Con más de la mitad.

—¡Hala...!

—¿Crees que exagero?

—No, más bien que te quedas corto.

—No soy un tipo guapo, pero tengo un algo que gusta a las mujeres.

—Un magnífico estudio fotográfico y un cierto prestigio.

—¿Crees que las modelos se acuestan conmigo por eso, para que las lance a la fama?

—Seguro.

—Bueno, es posible que algunas lo hagan. Pero la mayoría se vienen a la

cama conmigo porque les caigo simpático.

—A mí, en lugar de caerme simpático, me caíste encima.

—¿Vas a sacar eso a relucir otra vez?

—No, tranquilízate.

—Menos mal.

Hubo unos segundos de silencio.

—Hans

—¿Qué? — gruñó el fotógrafo.

—Me estás manchando el pantaloncito de linimento.

—El linimento no mancha.

—Bueno, era una manera muy sutil de decirte que..

—Que no me aproveche de ti, ya lo sé.

—Sospecho que lo estás haciendo.

—Pues hale, se acabó — refunfuñó Hans, retirando sus manos de la pierna femenina.

Tapó el frasco de linimento y lo dejó sobre la mesilla de noche, junto a la lámpara eléctrica.

Carla se cerró la falda.

—¿Te has enfadado, Hans?

—No.

—Tu gesto dice que sí.

—Olvídate de mi gesto. Y de mí. Te dije que no te pondría la mano encima ni por un millón de marcos y eso va a Roma. Si te he tocado la pierna, es porque la tienes lastimada y alguien tenía que aplicarte el linimento. Para la próxima aplicación llamaré a Marius.

—Eugenius.

—Eso.

—Prefiero mil veces el contacto de tus manos al de las de ese dinosaurio pelado.

—Pues como no me ofrezcas bastante más de un millón de marcos...

—Como te dije en la carretera, estoy segura de que te animarías por mucho menos —sonrió atrevidamente Carla, y se tendió en la cama, colocándose una mano bajo la nuca.

Parecía estar invitando a Hans a que se tendiese a su lado, pero éste, en lugar de acostarse, caminó hacia la puerta.

—.Hans! — gritó Carla, irguiéndose de golpe.

—¿Qué pasa? — gruñó el fotógrafo, parándose.

—No irás a marcharte, ¿verdad?

—Es lo más sensato, porque dormir contigo sería un continuo problema. Al menor roce de nuestros cuerpos, por muy involuntario que fuera, pensarías que me estaba aprovechando de ti y ya estoy harto de tanta desconfianza. Le diré a Julius que me instale en otra alcoba.

—¡Eugenius, no Julius!

—Gracias por recordármelo.

—¡No me dejes sola. Hans!
—¿Cómo quieres que me quede, con la opinión que tienes de mí?
—¡No diré ni pío cuando nuestros cuerpos se rocen!
—¿Seguro?
—¡Te lo prometo!
—Prométeme también que no volverás a desconfiar de mí.
—¡Prometido!
—Y que me darás un beso, si me apetece.
—¡Los que quieras!
Hans Klein, que en ningún momento había pensado dejar sola a Carla Stecher, representando aquella comedia para obtener un mejor trato de la desconfiada muchacha, regresó junto a la cama y empezó a quitarse la ropa.
Carla respingó
—¿Qué estás haciendo?
—Strip-tease.
—¡Hans!
—No querrás que me acueste vestido, ¿verdad?
—Sería lo mejor, dadas las circunstancias.
—Prometiste no volver a desconfiar de mi, Carla.
—Pero, es que...
—Te aconsejo que hagas lo mismo que yo.
—No, yo no me quito la ropa.
—Es antihigiénico dormir vestido.
—No te preocupes, yo no pienso pegar un ojo.
—Mañana te sentirás fatal si no duermes.
—Me aguantaré.
Hans, que ya se lo había quitado todo, a excepción del reducido slip marrón, sacudió la cabeza y dijo:
—No lo entiendo, Carla.
—¿Qué es lo que no entiendes?
—No te importó posar completamente desnuda para mí y ahora parece que te da vergüenza quedarte en pantaloncito y sujetador.
—No es lo mismo posar desnuda para un fotógrafo profesional, que meterse en la cama con él en ropa interior. Además, no es sólo por ti. Todavía no me ha desaparecido la desagradable sensación de que estamos siendo observados.
—No te preocupes por eso. Nos taparemos hasta el cuello y no nos verán nada — sonrió Hans, y se metió tranquilamente en la cama.
Carla vaciló.
—Vamos, no lo pienses más —insistió el fotógrafo.
—Está bien, voy a hacerte caso — suspiró Carla, descalzándose.
Luego, se quitó la falda y la blusa, y así, en braguitas y sostén, de color azul pálido ambas prendas, se introdujo en la cama, quedando lo más distante que pudo de Hans.

Este, socarrón, dijo:

—¿A que te caes de la cama?

—No me caeré, no temas.

—Te advierto que caerse de una cama tan alta como ésta es como caerse de un primer piso.

—No te acerques.

—¿Quién se acerca?

—Tú, como una serpiente. Y me parece que con intención de enroscarte a mí.

—Sólo quiero desearte las buenas noches con un beso.

—Gracias, pero no es necesario.

—Me apetece.

—¿Qué es lo que te apetece?

—Un beso. Y prometiste darme todos los que quisiera

—Porque estaba asustada.

—¿Te niegas a cumplir tu promesa?

—No, pero si tú fueras un caballero, me liberarías de ella.

Hans, que ya estaba tan cerca de Carla que sus cuerpos se rozaban, dijo:

—Ya sé por qué te besé y te acaricié cuando me caí sobre ti. Carla

—¿Por qué?

—Me gustas.

—Como todas.

—No, tú me gustas de un modo especial. Hay algo en tu mirada que me atrae

—¿Seguro que es mi mirada lo que te atrae?

—Entre otras cosas.

—¿Te refieres a las «cosas» que ya me estás acariciando?

—Sí — respondió Hans, y la besó en los labios.

Tan sabiamente, que Carla no tardó en devolverle la caricia.

Las manos del fotógrafo siguieron trabajando.

Muy sabiamente, también.

El sostén de Carla voló por los aires.

También el pantaloncito.

Las caricias se tornaron más ávidas, más intensas, más íntimas.

—Hans. — gimió dulcemente Carla, cuyo cuerpo se estremecía de placer una y otra vez.

Hans, que le estaba cubriendo el rostro y el cuello de besos, deslizó los labios hacia su busto, besando los suaves y cálidos senos, mordisqueando sus descaradas puntas, rojas y endurecidas por la excitación.

—¡Hans! — gritó hacia adentro la joven, cerrando los ojos y apretando la cabeza de él contra sus pechos.

Hans Klein se dijo que había llegado el momento, y se situó con delicadeza entre las piernas de Carla Stecher, que, entreabiertas y temblorosas, parecían esperarle.

No hubo la menor dificultad para la penetración, porque Carla, como la mayoría de las muchachas alemanas, no era virgen.

Hans la poseyó muy expertamente, sin prisas y con mucha ternura, provocando en ella verdaderas oleadas de placer.

Carla se abrazó apretadamente a él y le clavó las uñas en la espalda.

—¡Hans...!

Hans, adivinando lo que iba a suceder, aceleró sus movimientos y se empleó con mayor vigor. Escasos segundos después, los dos alcanzaban, simultáneamente, un orgasmo intenso y maravilloso que les dejó jadeantes y sin fuerzas pero plenamente satisfechos.

Hans fue a retirarse, pero Carla lo retuvo, diciendo:

—Sabía que sucedería esto, granuja.

—¿Te arrepientes? — preguntó él.

—No, porque tu a mí también me gustas. Hans! Si no te dejé continuar la otra vez, cuando caíste sobre mí, fue porque no quería que pensaras que me entregaba a ti para que te tomaras un mayor interés por mí y me hicieras pronto una modelo famosa.

Hans le acarició suavemente el cabello.

—Me consta que tú no eres de ésas, Carla.

—No, no lo soy. Deseo ser modelo publicitaria, pero si para eso tengo que ir de cama en cama, como una vulgar prostituta, desde ahora mismo renuncio. Nunca haría el amor con alguien que no me guste de verdad. A eso se debe, quizá, que lo haya hecho tan pocas veces, y sea mucho más torpe que tú en la coma. ¿Te he defraudado. Hans?

—No para mí también ha sido maravilloso, porque como te he dicho antes, y era terriblemente sincero al decirlo, tú me gustas de un modo especial. Deseo y espero que tú también, que estas relaciones que hoy hemos iniciado, sean duraderas.

—A mí me gustaría que durasen años, Hans.

—A lo mejor acabamos siendo marido y mujer. Carla.

—Nada me haría más feliz.

—De momento, podemos ser felices de otra manera —dijo Hans, que de nuevo la estaba acariciando hábilmente.

—¿Vamos a hacerlo otra vez, Hans?

—Tienes que perfeccionarte, pequeña, y como en esto vale más una sesión práctica que cien teóricas, a practicar se ha dicho

—Voy a tener un buen maestro, no cabe duda — sonrió Carla abrazándose otra vez con fuerza a él.

Ya ni siquiera pensaba que pudieran estar siendo observados por alguien.

Y lo estaban.

Por alguien que sólo tenía un ojo.

Sí.

El monstruoso Lothar Bodendorf, tras la negativa de Inge Zinn a mostrarse cariñosa y complaciente con él, había vuelto a la mirilla secreta que le

permitía observar y escuchar a Hans Klein y Carla Stecher, sorprendiéndolos en plena unión sexual, lo cual le enfureció bastante, porque le hubiera gustado ocupar el lugar del fotógrafo.

Hacia tanto que no se veía estrechado por unos tersos y cálidos brazos de mujer...

Podía tomarlas por la fuerza, sí, y de hecho lo hacía; pero no era lo mismo.

Hay una gran diferencia entre la mujer que se entrega voluntaria y apasionadamente a un hombre y la que hay que sujetar antes con correas a la cama para poder poseerla.

¿Se le entregaría voluntariamente aquélla?

Lothar Bodendorf sospechaba que no. que tampoco la tal Carla aceptaría el contacto de su repulsivo cuerpo, y por eso empezó a idear un plan.

Plan que pondría en práctica en cuanto Eugenius acabase de someter a Inge Zinn a la primera sesión de horror.

Mientras tanto, en la alcoba. Hans Klein y Carla Stecher, totalmente ajenos al peligro que se cernía sobre ellos, seguían amándose con pasión, ambos cuerpos fundidos en uno solo.

CAPITULO VI

Tras abandonar la alcoba de Lothar Bodendorf, llevando sobre su robusto hombro a la aterrada Inge Zinn, Eugenius Grzejszczak avanzó por el pasadizo secreto, iluminado por hachones encendidos, hasta llegar a una escalera de caracol por la cual descendió.

La artista de strip-tease no dejaba de chillar, patalear y golpear la maciza espalda del polaco, aunque nada conseguía con ello

Eugenius le arreó un brutal pellizco en la nalga y dijo:

—Deja de chillar como una rata, muñeca, que eso no te librará de lo que te espera

—¡Piedad! —suplicó Inge.

—¿La tuviste tú con el señor Bodendorf?

—¡No puedo entregarme a él, es demasiado horroroso!

—Más horroroso es lo que te espera abajo.

Inge Zinn lloró de desesperación.

Poco después, ya en el sótano de la mansión. Eugenius se introdujo en una estancia, reducida y húmeda, cuyo suelo se hallaba cubierto de sucia paja.

Sobre ella dejó caer a Inge, sin ningún miramiento. La joven se dio un fuerte golpe en lo cadera y lanzó un grito de dolor.

Se fijó en la estancia, débilmente iluminada por una vela negra.

Tendría unos dos metros de larga por sólo uno y medio de ancha y en sus paredes, levantadas con gruesas piedras, crecía el musgo.

La puerta, de hierro, tenía un mirador enrejado de unos quince centímetros de largo por unos diez de ancho.

Desde luego, la estancia era lo más parecido a un sombrío calabozo, incluso había cadenas, rematadas con grilletes, clavadas en una de las paredes para sujetar las manos y los píes del prisionero.

Eugenius ordenó:

—Quítate la ropa.

Inge, pese a que eso, quitarse la ropa, era lo suyo, se estremeció de pies a cabeza.

—No... —musitó sin apenas voz.

—¿Prefieres que te la arranque yo? —amenazó el polaco.

—No.

—Obedece, pues.

Inge, temblorosamente, se quitó el vestido.

—Quítatelo todo — indicó Eugenius.

Inge titubeó, pero al ver que el energúmeno alargaba sus manazas hacia ella, se apresuró a despojarse del sujetador y del slip, quedando completamente desnuda ante él.

Los ojos del polaco la devoraron.

—Qué hermosa eres, muchacha... —dijo, y se inclinó sobre ella.

Inge gritó, porque pensó que el gigantón iba a forzarla, pero no fue así. Se limitó a levantarla, colocarla contra la pared, y sujetarle los brazos y las piernas con los grilletes.

Eugenius volvió a mirarla con sucio deseo

—Jorg tiene buen gusto, hay que reconocerlo... — murmuró, al tiempo que movía sus manos hacia los pletóricos senos de la artista, aprisionándolos.

Inge cerró los ojos resignada y apretó los dientes para no gritar cuando el polaco le pellizcó los pezones sin la menor delicadeza, obligándola a estremecerse de dolor.

Por fortuna, aquello sólo duró unos segundos, aunque lo que vino después fue tan desagradable o más.

Sí, porque sus manazas bajaron hasta las curvadas caderas y buscaron las redondas nalgas, estrujándolas de un modo casi salvaje, y luego la derecha se deslizo hacia el vello del pubis.

Inge hubiera querido apretar los muslos, pero los grilletes que cercaban sus tobillos la obligaban a mantener las piernas separadas y el polaco no tuvo que salvar ningún obstáculo para llegar adonde quería

La artista siguió con los dientes apretados, soportando los abusos de Eugenius y casi segura de que este, tras los toqueteos, se desabrocharía el pantalón y la poseería salvajemente.

Pero se equivocó nuevamente.

Y es que Eugenius tenía prohibido violar a las mujeres que Jorg Thiede le llevaba a Lothar Bodendorf a menos que éste se lo ordenase.

Manosearlas a sus anchas, sí; pero poseerlas, no

Cuando el polaco se hartó de palpar y apretujar a Inge y de hurgar en su intimidad, hasta lastimarla, salió de aquella especie de siniestro calabozo.

Pero regresó casi al momento.

Con un bote y una brocha.

—Te voy a untar como si fueras una tostada, preciosa — dijo sonriendo, y empezó a embadurnar el cuerpo de Inge con la sustancia que contenía el bote.

Una sustancia espesa y viscosa, de color muy parecido al de la miel, que despedía un olor fuerte y desagradable.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó la joven, sintiéndose estremecer de asco.

—Algo que les gusta mucho a unos amigos míos y que muy pronto lo serán tuyos también — sonrió cínicamente Eugenius, y siguió dándole a la brocha.

—¿Qué amigos?

—En seguida los conocerás, no seas impaciente.

El polaco acabó de embadurnar el cuerpo de Inge sin saltarse rincón alguno y luego salió otra vez de la estancia, regresando poco después con una caja de madera en forma de jaula, cuya puerta abrió.

—¿Que te diviertas preciosidad! — rió Eugenius, y salió nuevamente de la estancia.

Cerró la puerta y asomó su fea cara por el pequeño mirador

Inge Zinn tenía los ojos fijos en la caja que el polaco había dejado en el suelo y abierto, porque intuía que algo horrible iba a salir de allí.

Y no se equivocó.

¡Eran cucarachas!

¡Las cucarachas más grandes y asquerosas que Inge baba visto jamás!

¡Y había docenas de ellas...!

Los repugnantes bichos, sin duda atraídos por el penetrante olor que despedía la glutinosa sustancia que recubría el cuerpo de la artista de strip-tease, se dirigieron velozmente hacia ella.

Como si de una competición se tratara.

Todas querían llegar la primera

Inge Zinn, horrorizada, se puso a chillar histéricamente al tiempo que agitaba su cuerpo, luchando inútilmente por soltarse de los grilletes que la mantenían sujeta a la pared.

Los primeros insectos ortópteros alcanzaron sus pies y por ellos empezaron a trepar con rapidez.

Inge sacudió las piernas, tratando de hacer saltar las cucarachas, pero la pegajosa sustancia con la que Eugenius la había embadurnado ayudaba a los bichos a permanecer sobre su cuerpo y seguir trepando.

En menos de tres minutos, todas las cucarachas que habían salido de la jaula se hallaban recorriendo el cuerpo de Inge Zinn.

Brazos...

Pechos...

Vientre...

Caderas...

Muslos...

Sólo su rostro se libraba de ser paseado por los nauseabundos insectos, porque allí no había actuado la brocha de Eugenius y los animales, al llegar el cuello y comprobar que más arriba no existía la sustancia que a ellos les encantaba ingerir, daban media vuelta rápidamente y deambulaban por donde sí la había.

Inge Zinn no pudo resistir aquel horror por más tiempo y se desmayó, dejando de sufrir y de escuchar las ruidosas carcajadas de Eugenius Grzejszczak, quien disfrutaba como un loco con aquel tipo de espectáculos.

CAPITULO VII

Hans Klein dormía profundamente, el brazo izquierdo bajo la nuca de Carla Stecher, la mano derecha sobre el seno izquierdo de la muchacha porque se había dormido así, acariciándola dulcemente.

Carla todavía seguía despierta pese a que se le cerraban los ojos de sueño.

Y es que no quería dormirse.

Le daba miedo aquella antigua y enorme casa.

Le daba miedo la siniestra Svetlana.

Le daba miedo el hercúleo Eugenius.

Y, aunque no lo conocía, le daba miedo también Lothar Bodendorf, el dueño de la casa.

El ama de llaves les había dicho que el señor Bodendorf se había acostado ya, pero Carla, sin saber exactamente la razón, sospechaba que no era así.

Por todo ello, la joven se resistía a conciliar el sueño, aunque cada vez le resultaba más difícil.

Tan difícil, que los párpados se le cerraron una vez más y ya no tuvo fuerzas para abrirlos.

Era lo que había estado esperando con ansiedad Lothar Bodendorf, que ambos estuviesen dormidos.

Sin apartar su único ojo de la mirilla secreta, indicó:

—Ahora, Eugenius.

El polaco, que se hallaba a su lado, accionó el resorte que abría la puerta secreta.

Esta empezó a moverse silenciosamente.

Bueno, casi silenciosamente

De vez en cuando, emitía un leve chirrido.

Pero Hans y Carla, dormidos, no podrían oírlos.

Eso pensaba Lothar Bodendorf, claro.

Pero se equivocó.

Carla Stecher, aunque con los ojos cerrados, seguía luchando por no dormirse, y su ágil oído captó el segundo de los levísimos chirridos.

La joven se tensó como una cuerda de guitarra.

Hizo un esfuerzo y entreabrió ligeramente los ojos.

Un ramalazo de frío le estremeció el cuerpo, al descubrir que una puerta secreta se estaba abriendo con lentitud y sin apenas ruido, a la derecha de Hans.

Estuvo a punto de dar un chillido, pero se contuvo, pues pensó que sería mejor despertar a Hans sin gritos, para que la persona que se disponía a sorprenderles, fuera quien fuese, resultase sorprendida a su vez, al hallarlos despiertos cuando sin duda esperaba encontrarlos dormidos.

Carla apretó con fuerza el brazo del fotógrafo.

—¡Hans! — lo llamó, lo más bajo que pudo.

Lo que despertó a Hans fue el apretón del brazo, claro.

Abrió un ojo.

—¿Quieres practicar otra voz, cariño? —susurró, moviendo los dedos de la mano derecha, la que descansaba sobre el pecho izquierdo de la muchacha.

Carla, que no estaba para caricias por muy agradables que fuesen, se apresuró n cubrirle la boca con su mano.

—¡Hans!

—¿Mmm...?

—¡Se está abriendo una puerta!

Hans abrió el otro ojo y miró hacia la puerta de la alcoba.

—¡Esa no! ¡Ahí, a tu derecha! — indicó Carla.

Hans movió la cabeza.

No pudo reprimir un respingo al descubrir la puerta secreta.

—¡Diablos! — exclamó quedamente, libre ya su boca de la mano de Carla.

Esta volvió a apretarle el brazo

—¡Tengo miedo, Hans! — musitó.

—Tranquila, esto lo arreglo yo —murmuró el fotógrafo, apartando la ropa de la cama y deslizándose fuera de ella silenciosamente.

Atrapó la linterna eléctrica, que pesaba lo suyo y se situó junto a la puerta secreta, con el firme propósito de arrearle un linternazo en la cabeza a la persona que surgiese de allí.

La puerta acabó de abrirse, pero fueron pasando los segundos y nadie surgía por ella.

Y es que Lothar Bodendorf había visto despertarse a Carla, cómo ésta despertaba a su vez a Hans y como éste abandonaba la cama sigilosamente, atrapaba su lámpara eléctrica y se preparaba para agredir a Eugenius.

Lothar avisó inmediatamente al polaco, al que dio nuevas instrucciones.

Hans Klein, en vista de que nadie salía por aquella puerta, miró a Carla Stecher.

La joven, pálida y temblorosa, estaba procediendo a colocarse el pantaloncito y el sujetador, por si se veía obligada a saltar de la cama.

Hans esperó un poco más.

Después, se atrevió a asomar la cabeza por el otro lado de la puerta.

Descubrió el pasadizo secreto, pero no vio a nadie..

—¡Hans! — llamó Carla, todavía sin atreverse a levantar la voz.

El fotógrafo volvió a mirarla.

—No se ve a nadie, Carla — informó.

—¡Pues alguien ha tenido que abrir la puerta!

—Seguro.

—¿Qué hay al otro lado, Hans?

—Una especie de pasadizo secreto.

—¡Ay! — Gimió Carla—. ¿Oscuro...?

—No, está iluminado; aunque débilmente.

—¡Cierra esa puerta y larguémonos de esta casa, Hans!

—¿Sin saber quién y por qué quería sorprendernos mientras dormíamos?
—Eso ya no importa.
—No me gustan los misterios, Carla
—¡Hans! ¿Qué vas a hacer?
—Dar un vistazo al pasadizo.
—¡No cruces esa puerta. Hans!
—No me alejare demasiado, no temas.
—¡Por favor! — suplicó la joven.
Hans Klein no hizo caso y cruzó la puerta, la linterna siempre en alto.
—¡Hans! — gritó Carla Stecher, saltando de la cama.
Notó que le seguía doliendo la rodilla, pero mucho menos que antes. Podía sostenerse bien en ella e incluso caminar aunque cojeando sensiblemente.
Sin perder tiempo colocándose la falda y la blusa, rodeo la cama y corrió hacia la puerta secreta.
Justo en el instante en que la alcanzaba, se escuchó un sordo ruido, acompañado de un grito ahogado.
Casi en seguida, otros dos ruidos.
El primero, metálico, daba la impresión de que lo había producido la linterna de Hans al chocar contra el suelo.
El segundo, un cuerpo humano al desplomarse pesadamente.
Carla notó un fallo cardíaco.
—¿Hans . ? —llamó con un hilo de voz y sin atreverse a cruzar la puerta secreta.
Hans no le respondió.
Carla sintió que se le ponía la carne de gallina.
No obstante, fue capaz de vencer su terror y se asomó al pasadizo.
—¡Hans...! — gritó, al verlo tendido de bruces en el suelo, inmóvil, justo donde el pasadizo torcía hacia su derecha.
Carla iba a acudir en auxilio del fotógrafo, sin detenerse a pensar que ella podía seguir su misma suerte, cuando el musculoso Eugenius surgió por donde doblaba el pasadizo, con un grueso palo en la mano.
La joven lo comprendió inmediatamente todo.
Eugenius había sorprendido a Hans, le había golpea do con su palo y lo había dejado inconsciente.
El polaco movió sus robustas piernas, pasando por encima del fotógrafo, y caminó siniestramente hacia ella.
Carla dio un grito de terror y escondió velozmente la cabeza.
Intentó cerrar la puerta secreta, pero ni siquiera pudo moverla.
Era muy pesada y sólo se abría y cerraba accionando el resorte que la ponía en funcionamiento
Carla, dominada por el pánico, corrió hacia la puerta de la alcoba y la abrió.
Se le escapó un chillido al descubrir a la siniestra Svetlana, que le cerraba el paso con un candelabro en las manos.

Carla retrocedió, aterrorizada.

Volvió un instante la cabeza.

Descubrió a Eugenius.

El polaco ya estaba entrando en la alcoba, sin el palo pero con un gesto que helaba la sangre.

—Dios mío, no... —musitó Carla, sintiendo que las piernas se le volvían mantequilla pura.

Adivinó que iba a desmayarse de un momento a otro.

Ya empezaba a verlo todo borroso y en movimiento.

Pero lo único que se movía era Eugenius

Caminaba despacio, pero directo hacia ella.

Con los brazos extendidos.

A Carla se le extravió la mirada, se le doblaron las piernas y se derrumbó.

Fue una suerte para ella que se desmayara, porque así se libró de un horror mucho mayor: contemplar al horrible Lothar Bodendorf, que en aquel momento entraba en la alcoba.

Después de dirigir una larga mirada al seductor cuerpo de Carla Stecher, escasamente cubierto por el pantaloncito y el sujetador. Lothar ordenó;

—Tómala en brazos y llévala a mi alcoba, Eugenius.

CAPITULO VIII

Eugenius Grzejszczak aplicó el frasco de amoniaco a la nariz de la desvanecida Inge Zinn, cuya cabeza mantenía levantada el polaco con la otra mano.

El penetrante olor del amoniaco hizo volver en si a la artista de strip-tease, que seguía en aquella especie de calabozo, sujeta con grilletes a la pared.

Lo primero que hizo Inge, al abrir los ojos, fue mirarse el cuerpo.

Sintió un gran alivio al comprobar que las espantosas cucarachas habían desaparecido, aunque toda ella continuaba embadurnada de aquella sustancia espesa y viscosa que atrajera a los repugnantes bichos.

—Pasaste un mal rato, ¿eh, preciosa? — sonrió Eugenius.

—¿Dónde... están? —preguntó la joven, con voz débil.

—¿Las cucarachas?

—Sí.

—Las devolví a la caja, una por una. ¿Quieres que las traiga de nuevo?

—¡No! —se estremeció Inge

Eugenius dejó oír su bronca risa.

—No te preocupes, no volverás a verlas. Dispongo de tantas maneras de horrorizar a las mujeres que rechazan al señor Bodendorf, que nunca repito el número con la misma chica.

Inge se preguntó cuál sería el siguiente «número» que el polaco le tenía preparado.

—¿Serás cariñosa y complaciente con el señor Bodendorf, encanto? — preguntó Eugenius.

—Nunca—respondió la artista, sintiendo que se le erizaba el vello sólo de recordar el monstruoso aspecto de Lothar Bodendorf.

—Muy bien, tú lo has querido.

El polaco abrió los grilletes y ordenó:

—Camina.

—¿Adónde me lleva?

—En primer lugar, a darte un baño. Tu cuerpo apesta a cucaracha. Vamos, muévete.

Inge Zinn salió de la estancia, desnuda y sucia.

—Entra ahí —indicó Eugenius, señalando una estancia próxima, cuya puerta permanecía abierta.

Inge obedeció.

La estancia era tan húmeda y lúgubre como la anterior, aunque un poco más amplia.

Estaba iluminada por una antorcha y en el centro se veía una bañera de madera, grande y circular, con agua hasta más de la mitad.

Junto a la bañera, sobre una tosca banqueta, había una pastilla de jabón de la peor calidad.

—Métete ahí y frótate bien el cuerpo con el jabón
—indicó Eugenius.

Inge se introdujo en la bañera, se sentó, atrapó la pastilla de jabón y empezó a friccionarse con él.

Eugenius, cuyos ojos habían adquirido nuevamente un brillo sucio, inconfundible, se sentó en la banqueta y dijo:

—Te echaré una mano, primor.

Pero no le echó una, le echó las dos.

Inge fue a protestar, pero pensó que no serviría de nada y aceptó resignada los manoseos del polaco, que se lo friccionó todo, recreándose en las zonas que más le excitaban.

—A que te gusta, ¿eh, nena? — sonrió Eugenius, mostrando sus palas dentales.

Inge estuvo a punto de responderle que no, que él nunca sería capaz de causar placer a una mujer porque era un bruto y un salvaje, pero se calló, por temor a que le soltase un revés y la dejase sin dientes.

—Mc gustaría hacer el amor contigo, preciosa— dijo Eugenius, cada vez más excitado.

Inge, que en la otra estancia ya se extrañó de que el polaco no la poseyera, estando ella sujeta de pies y manos, preguntó:

—¿Qué es lo que le detiene?

—El señor Bodendorf.

—Me reserva para él, ¿eh?

—Sí.

—Le propongo un trato, Eugenius.

El polaco frunció el ceño.

—¿Qué clase de trato?

—Usted me saca de esta casa y yo viviré a su lado hasta que se canse de disfrutar de mí cuerpo. Me mostraré tierna y dulce con usted y le haré muy feliz por las noches. O por las tardes. O por las mañanas Cuando a usted le apetezca hacerme el amor.

En los ojos de Eugenius hubo un chispeo peligroso.

—¿Me tomas por idiota, muchacha?

—¡No!

—Sí, creo que sí. De lo contrario no me habrías hecho una proposición semejante — masculló el polaco

—No quiero conocer nuevos horrores, Eugenius.

—Pues entrégate voluntariamente al señor Bodendorf.

—Prefiero entregarme a usted.

—Soy feo. Y grandote. Y bruto. No permanecerías a mí lado ni cinco minutos.

—Si tiene miedo de que me escape, encadéneme a la cama.

—Deja ya de decir tonterías, ¿quieres?

—Por favor, Eugenius... — insistió Inge, separando intencionadamente los

muslos, para ver si así lograba convencer al polaco.

Eugenius clavó los ojos allí

Dio la impresión de que dudaba.

Inge se acarició a sí misma, para excitarle más.

De pronto. Eugenius soltó un rugido y se levantó de la banqueta, saliendo de la estancia.

«¿Habré conseguido engañarle?», se preguntó la artista de strip-tease, con el alma en vilo, pues estaba absolutamente segura de que, si Eugenius no la sacaba de aquella horrible mansión, jamás saldría de ella.

Viva, al menos.

El polaco sólo tardó unos segundos en regresar, portando un cepo de gruesa madera, con tres agujeros: uno central, y más grande, para aprisionar el cuello: los dos laterales, para aprisionar las manos.

Antes de que Inge acertara a decir nada, ya lo tenía puesto.

Luego, Eugenius sujetó el cepo a las paredes exteriores de la bañera, por medio de unas sólidas correas, de modo que el cepo quedó fijado a los bordes de la bañera.

Como si formara parte de ella misma.

Inge se aterró.

—¿Qué va a hacerme, Eugenius...?

—Vas a conocer a otros buenos amigos míos, a quienes les encanta el agua — adelanto el polaco, saliendo nuevamente de la estancia.

Inge forcejeó con el cepo, pero nada consiguió.

No podía levantarse, ni echar el cuerpo hacia adelante ni hacia atrás

Sólo podía mover las piernas.

Eso quería Eugenius, que pudiera moverlas

Lo mejor de aquel número era ver con que desesperación pataleaban las víctimas.

Eugenius volvió a entrar en la estancia, portando esta vez una pecera.

Pero en la pecera, de forma circular y con más de medio metro de diámetro, no había peces.

¡Había ratas!

¡Ratas de agua!

¡Alrededor de una docena de pequeñas y asquerosas ratas que nadaban moviendo el rabo en todas direcciones, veloces como peces!

Inge Zinn creyó morirse de espanto porque adivinaba lo que Eugenius iba a hacer con ellas,

¡Arrojarlas a la bañera!

—¡No...! — chilló la joven, agitándose en el agua. Eugenius se acercó a la bañera.

Lentamente.

Cuando sus rodillas tocaron la bañera, empezó a inclinar la pecera.

Lentamente, también.

Gozando con el terror de la muchacha.

Con su angustia.

Con su desesperación.

—¡Por favor, no...! — siguió suplicando Inge, las bolas de los ojos a punto de salírsele de las cuencas.

Eugenius inclinó más la pecera.

Agua y ratas empezaron a caer en la bañera.

El chillido que lanzó Inge Zinn estremeció las sólidas paredes de piedra.

Eugenius, riendo ruidosamente, acabó de vaciar la pecera.

Inge ya pataleaba furiosamente, presa del más agudo ataque de histeria.

Y es que sentía moverse las ratas por entre sus piernas, trepar por su vientre, por sus caderas, por su espalda, por sus senos...

Una de ellas saltó sobre el cepo y quedó a sólo un par de centímetros de la nariz de la horrorizada Inge.

La mirada de la joven bizqueó, al contemplar de tan cerca al repugnante roedor, su hocico puntiagudo, sus tiesas orejas, sus cortas patas, su delgada cola...

Fue demasiado ya.

La artista de strip-tease lanzó un chillido desgarrador y se desmayó.

CAPITULO IX

Hans Klein estaba recobrando el sentido.

Lo primero que notó es que le dolía terriblemente la cabeza, hasta el punto de que tenía la sensación que un caballo salvaje se la estaba pateando a ritmo de samba.

Antes de abrir los ojos, trató de llevarse ambas manos allí para comprobar si seguía con el cráneo entero o hecho pedazos, pero no pudo.

Las tenía las dos sujetas.

Como los pies.

Hans levantó los párpados.

Le pesaban tanto, que creyó que estaba levantando las lonas de un circo de tres pistas.

Se vio tendido sobre la cama de la alcoba donde Eugenius les instalara a él y a Carla, atado a ella con anchas tiras de cuero, los brazos y las piernas bien separados.

Vio también a la siniestra Svetlana.

Estaba de píe, frente a la cama, mirándolo fijamente.

—¿Qué diablos dignifica esto, Luciana? — preguntó Hans, sin más prenda encima que el breve slip.

—Svetlana —corrigió el ama de llaves, con un leve centelleo en las pupilas.

—Disculpe, pero es que Claudius y usted se gastan unos nombrecitos que...

—Eugenius, no Claudius.

—No te digo... — rezongó Hans—. Bien, Svetlana. ¿Puede decirme quién me golpeó?

—Orzejszczak.

—¿Sigue con el resfriado?

Svetlana lo fulminó con la mirada.

—Oh, perdón —tosió Hans—. Olvidaba que ese ruido tan raro es el apellido de Eugenius, no un estornudo... ¿Por qué me golpeó Eugenius?

—Porque se lo mando el señor Bodendorf.

Hans entornó el ojo izquierdo.

—¿El dueño de la casa ...?

—Sí.

—¿Qué le he hecho yo a ese señor?

—Nada.

—¿Entonces.. ?

—El señor Bodendorf se ha encaprichado de Carla, su amiga.

Hans apretó los maxilares.

—¿Dónde está ella?

En la alcoba del señor Bodendorf.

—Si la toca., le machacaré los testículos a patadas.
—No tema, no piensa tocarla. Al menos, en contra de la voluntad de ella.
Hans entrecerró los ojos
—¿Qué quiere decir?
—El señor Bodendorf espeja que Carla se entregue voluntariamente a él.
—¿Tan guapo se considera?
—Lo fue, pero ya no lo es.
—¿Ha envejecido?
—Sólo tiene cuarenta y tres años.
—¿Y se ha vuelto feo, tan pronto?
—El fuego lo volvió feo.
—¿El fuego...?
—Su laboratorio se incendió y su rostro y su cuerpo sufrieron horribles quemaduras tan horribles, que hay que tener un estómago muy fuerte para no desmayarse cuando se le mira —explicó el ama de llaves.
Hans sintió un estremecimiento.
Pensaba en Carla.
El estómago de ella no era de los más fuertes, precisamente.
—Svetlana... — murmuró.
—¿Qué?
—Habiéndose convertido en un ser horrible, ¿cómo espera el señor Bodendorf que Carla se entregue voluntariamente a él?
—Tiene un plan.
—¿Qué plan?
—Utilizarlo a usted.
—¿Á mí...?
—Sí.
—No entiendo.
—Parece que Carla le estima mucho, lo mismo que usted a ella.
—Es cierto.
—Carla tendrá que mostrarse dulce y complaciente con el señor Bodendorf, para evitar que usted sufra.
—¿La amenazará con torturarme?
—Sí.
—Maldito... —barbotó Hans, tensando todos los músculos de su cuerpo.
—No malgaste sus fuerzas vanamente. Las correas son resistentes, no podrá soltarse.
—Lo veremos.
—Sólo conseguirá destrozarse las muñecas.
Hans Klein no tardó en convencerse de que Svetlana estaba en lo cierto.
Las tiras de cuero se clavaban en su carne lacerándole y no cedían un ápice.
Hans apretó los dientes con fuerza, para soportar mejor el dolor y siguió con los músculos en tensión.

Pero, finalmente, tuvo que desistir.

Jadeante y sudoroso, cerró los ojos y aflojó los músculos, la cara muy roja por el terrible esfuerzo.

Svetlana sonrió burlonamente.

—Le dije que sería inútil. Hans.

—Váyase al diablo, bruja — masculló el fotógrafo.

El rostro del ama de llaves se contrajo.

—¿Cómo me ha llamado?

—Bruja.

—Haré que se trague ese insulto.

—Sólo pido que no sea a besos, porque ningún hombre podría resistir un tormento semejante.

La cara de Svetlana se congestionó de ira y sus ojos despidieron fuego puro.

—Sé que no tengo un rostro agraciado, pero...

—Yo diría que más bien desgraciado.

—¡Basta! — rugió Svetlana, apretando rabiosamente los puños.

—Se parece usted mucho al tío de un amigo mío. ¿Y sabe lo que le pasó a él?

—¡No!

—Que se libró del Servicio Militar.

—¿Por estrecho de pecho?

—No, por feo.

Svetlana, colérica, fue hacía la mesilla de noche y atrapó con brusquedad el candelabro de plata que ella misma dejara allí, poco después de que Carla Stecher se desmayara. .

Hans Klein pensó que el ama de llaves iba a abandonar la alcoba a toda prisa, para no tener que soportar le, pero no fue así

La idea de Svetlana era otra.

Después de mirarlo con intenso odio, masculló:

—¿Sabe lo que voy a hacer con usted, Hans?

—El amor, no, por favor.

—¡Le voy a quemar!

—No sea bestia, Spartana.

—¡Svetlana! — rugió el ama de llaves, dando una furiosa patada en el suelo.

—Ya me equivoqué otra vez.

—¡Haré que se retuerza como una lagartija!

—Mujer, que tampoco es para tanto... A Carlomagno, un oficial de su ejército le llamó en una ocasión Carlomagno y no pasó nada.

—¡No voy a quemarle por no recordar mi nombre, sino por lo que me dijo antes!

—¿Es que no sabe aguantar una broma. Svetlana?

—¡Se burló usted de mi cara!

—Retiro todo lo que dije.
—¡Ya es tarde!
—Y tan tarde. ¿Por qué no se marcha y me deja dormir?
—¡Cuando me haya cansado de oírle gemir de dolor!
—¿Y si le digo que es usted más guapa que Sofía Loren?
—¡Me sonaría a pitorreo!
—Bueno, casi tan guapa como ella.
—¡Me sigue sonando a pitorreo!
—La mitad de guapa que ella. ¿Vale así?
—¡No. no vale!
—Oiga, a usted no hay quien la entienda, Robustiana.
—¡Svetlana...! —se desgañitó el ama de llaves, totalmente fuera de sí.
Hans pensó que a la bruja iba a darle un ataque.
Y deseó que le diera.
Sí, porque aquella siniestra mujer era capaz de quemarle las plantas de los pies.
O algo peor...
Pero, por desgracia para él, a Svetlana no le dio ningún ataque.
Hans vio que acercaba el candelabro a su pecho, al tiempo que lo inclinaba.
En seguida le adivinó la idea.
No iba a quemarle con la llama de las velas, sino con las gotas de cera caliente que, al mantener inclinado el candelabro, se desprenderían y caerían sobre su tórax desnudo.
Aunque sabía que no le haría caso, Hans rogó:
—Aparte ese candelabro, Svetlana.
—Cuando todo tu pecho se halle salpicado de gotas de cera. Y en consecuencia, de dolorosas quemaduras.
—¿Por qué es usted tan cruel?
El ama de llaves no respondió.
Hans tenía los ojos fijos en los extremos de las velas del candelabro.
Vio que las primeras gotas de cera caliente estaban a punto de caer sobre su pecho.
Y, desgraciadamente, nada podía hacer por impedirlo.

CAPITULO X

Carla Stecher abrió los ojos.

Estuvo a punto de desmayarse de nuevo, al descubrir, sentado en un sillón de alto respaldo, a alguien que ocultaba totalmente su personalidad bajo una sábana blanca.

La sábana tenía un orificio a la altura del rostro del ser que se cubría con ella y por él miraba un ojo negro y brillante, que no pestañeaba.

Carla, que se hallaba tendida sobre un lecho similar al que ella compartiera con Hans Klein, irguió el torso bruscamente y lanzó un grito.

—Tranquilícese, Carla. No soy ningún fantasma —habló el hombre que se ocultaba bajo la sábana, con voz ronca, extraña, profunda.

Carla Stecher, que seguía en pantaloncito y sujetador, encogió las piernas y se puso los brazos en el pecho.

—¿Quién... quién es usted? — acertó a balbucir.

—Lothar Bodendorf, el dueño de la casa.

—¿Por qué... por qué se cubre con una sábana?

—Para no asustarte más de lo que ya estás.

—Me asusta más así, porque, aunque usted asegura que no lo es, parece un fantasma...

—Me cubro porque mi cara y mi cuerpo son horribles, Carla. Sufrí gravísimas quemaduras hace un par de años y, aunque logré salvar la vida, ahora soy lo más parecido a un monstruo — explicó Lothar Bodendorf.

Una oleada de frío sacudió el semipesado cuerpo de Carla Stecher.

—Lo siento mucho, señor Bodendorf...

—Gracias.

—¿Quién me trajo a esta alcoba?

—Eugenius.

—Fue él quien golpeó a Hans, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Hans quería golpearle a él con su linterna.

—¿Dónde está Hans?

—En la otra alcoba, atado a la cama y vigilado por Svetlana.

—¿Qué pretende con todo esto, señor Bodendorf?

—Conseguirte a ti, Carla.

—¿Qué...?

—Me quedan sólo unos meses de vida y quiero pasarlos en compañía de una mujer joven y hermosa. Se lo he propuesto a varias, pero todas me han rechazado. Mi cara y mi cuerpo, abrasados por las llamas, les causan horror y repugnancia y de nada sirve que yo les haga saber que, a mi muerte, todos mis bienes, valorados en más de dos millones de marcos, serán para la mujer que acepte compartir mi lecho el poco tiempo que me queda de vida.

—¿Y espera que yo...?
—Sí, Carla.
—Me niego también, señor Bodendorf.
—No te conviene, Carla. Bueno, mejor diría que no le conviene a tu amigo Hans...
Carla Stecher tensó el cuerpo.
—¿Por qué dice eso?
—Svetlana tiene orden de mutilar su cuerpo.
—¡Oh, no! — se horrorizó la joven, llevándose las manos a las descoloridas mejillas.
—Sí, Carla. De hora en hora, si yo no dispongo lo contrario, Svetlana le irá mutilando cosas. Primero un dedo de la mano, después uno del pie, luego una oreja, más tarde la...
—¡Cállese! —gritó la muchacha, cubriéndose los ojos.
—Sé que tú no permitirás que le pase eso a Hans, Carla. Vi cómo te abrazabas a él cuando te hacía el amor, cómo aceptabas sus besos y sus caricias, cómo gemías y te estremecías de placer bajo su cuerpo...
Carla bajó las manos.
—¿Que usted vio...?
—Sí, Carla Todas las alcobas tienen mirilla secreta. Presencié vuestra apasionada unión sexual y escuché vuestras frases de cariño.
—¡Es usted un...!
—Cuidado. Carla No me gusta que me insulten y no quisiera tener que ordenar a Eugenius que te lleve al sótano, con las otras.
—¿Otras...?
—Sí, las mujeres que me rechazaron. Las tengo prisioneras y Eugenius las somete a los peores horrores, para ver si así cambian de idea —informó Lothar Bodendorf.
Carla se tragó el insulto, porque no quería que el musculoso Eugenius la llevase al sótano.
—Bien, como te iba diciendo — prosiguió Lothar—, sé que a ti te gusta Hans y que tú le gustas a él. Si te entregas voluntariamente a mí, a Hans no le pasará nada. Vivirá prisionero en esta casa, como tú, pero recibiendo ambos un trato inmejorable y, cuando yo muera, los dos quedaréis libres y podréis ser felices el resto de vuestras vidas con los dos millones largos que tú heredarás de mí. ¿Qué decides, Carla?
La joven no dio respuesta alguna.
—¿Sí o no, Carla? — apremió Lothar Bodendorf.
—Tengo que pensarlo.
—No hay tiempo.
—¡Tiene que dármelo!
—No puedo, porque como ya te he dicho, a mí me queda poco y deseo aprovecharlo al máximo. Si no me das tu respuesta inmediatamente, iré a decirle a Svetlana que empiece a mutilar a tu amigo.

—¡No!

—De ti depende, Carla.

La joven se mordió los labios con desesperación.

Le horrorizaba entregarse a Lothar Bodendorf, y eso que aún no había visto su cara y su cuerpo deformados por las llamas, pero no podía permitir que Svetlana mutilara salvajemente a Hans, así que no tuvo más remedio que acceder.

—Está bien, señor Bodendorf. No le hagan ningún daño a Hans y me entregaré sumisamente a usted... —respondió, con voz apagada.

El único ojo de Lothar Bodendorf brilló de satisfacción.

¡Por fin iba a volver a gozar plenamente de una mujer joven y bella, como cuando él era un hombre apuesto y atractivo!

Se levantó del sillón y se despojó ce la sábana, mostrando a Carla Stecher su pelo de estopa, su piel roja, como en carne viva, la cuenca de su ojo izquierdo horriblemente vacía, su nariz carcomida, sus espantosos labios, su negruzca dentadura llena de huecos...

Carla se había preparado para contemplar un hombre horrible, pero Lothar Bodendorf era mucho más que eso.

Era un auténtico monstruo.

El resultado de la fortísima impresión fue que Carla Stecher sufrió el segundo desmayo en una misma noche.

Y qué noche...

* * *

Lothar Bodendorf maldijo entre dientes.

No iba a tener más remedio que aplazar el ansiado momento, por culpa del desvanecimiento de Carla Stecher.

Podía hacerla suya así, desde luego; pero era preferible esperar a que despertase.

Carla había accedido a entregarse a él, para librar a su amigo Hans de las horrorosas mutilaciones y Lothar estaba seguro de que la joven no se volvería atrás. De pronto, llamaron a !a puerta.

Lothar acudió a abrir, cojeando y con aquella especie de camisón que llevaba puesto.

Era Eugenius, quien informó:

—Inge se ha vuelto a desmayar, señor Bodendorf.

—También ésta —rezongó Lothar, mirando a la desvanecida Carla.

—¿Al verle?

—Sí.

—¿Dijo si accedería a...?

—Sí.

—Menos mal — se alegró el polaco.

—Quiere mucho a su amigo y hará lo que sea con tal de que él no sufra.

—Entonces, se acabó el problema.
—Así es, mí fiel Eugenius. Ya no necesito que Jorg me traiga más mujeres jóvenes y hermosas.
—¿Y qué hacemos con las que tenemos?
—Eliminarlas.
—¿A todas...?
—Sí.
El polaco carraspeó.
—¿No podría quedarme una para mí, señor Bodendorf...?
—¿Cuál?
—Inge es la que más me gusta.
—Está bien, puedes quedarte con ella.
—Un millón de gracias, señor Bodendorf.
—Voy a pedirte algo a cambio, Eugenius.
—Lo que sea, señor.
—Quiero que elimines también a Jorg.
El polaco subió mucho las cejas.
—¿Eliminar a Jorg...?
—Ya no necesitamos sus servicios y es mejor cerrarle la boca para siempre.
Eugenius dio una cabezada.
—Como usted ordene, señor Bodendorf.
—Le dije que hiciera desaparecer el coche de la pareja y no creo que tarde en volver. En cuanto regrese, liquídalo.
—Bien, señor
—Ahora, ve a ver si Hans ha despertado ya. Svetlana está con él pero tendrá que dejarlo solo si Jorg llama a la puerta para acudir a abrir.
—No pasará nada aunque lo dejemos solo, señor Bodendorf. Lo até a conciencia, no podrá soltarse.
—Hans es un tipo muy vigoroso y no me fío demasiado.
—¿Por qué no lo liquidamos, también? —sugirió el polaco.
—No, lo necesitamos vivo para amenazar a Carla con mutilarle.
—Es que ella no tendría por qué saber que lo hemos matado...
—¿Y si pide verle?
—Le dice usted que no puede ser y en paz. La chica no está en condiciones de exigir nada.
—No, prefiero mantenerlo con vida. Unos días, al menos. Luego, si todo marcha como yo espero, podrás darle el pasaporte.
—Como usted diga, señor Bodendorf — asintió Eugenius, y se dirigió a la alcoba en cuya cama se hallaba atado Hans Klein.

CAPITULO XI

En el último instante, a Hans Klein se le ocurrió algo para impedir que las gotas de cera caliente, que estaban a punto de desprenderse de las velas del candelabro que sostenía la macabra Svetlana, le cayeran sobre el pecho desnudo y le quemasen la piel.

Llevó todo el aire que pudo a sus pulmones y luego lo expulsó con fuerza, dirigiendo el chorro de aire hacia los extremos de las velas.

Como si fuera su cumpleaños, vamos, y en vez de apagar las velas de una sabrosa tarta tuviese que apagar las del candelabro.

Pero sólo consiguió apagar dos de las tres.

No obstante, ocurrió lo que Hans menos se esperaba.

Al soplar con tanta fuerza, las gotas de cera que estaban a punto de caer sobre su tórax salieron despedidas y una de ellas se estrelló en la fea cara del ama de llaves.

Svetlana lanzó un aullido ensordecedor, porque la gota de cera caliente la alcanzó de lleno en el ojo derecho, cegándola dolorosamente.

Tan dolorosamente, que el ama de llaves soltó el candelabro y se llevó ambas manos al rostro, al tiempo que se doblaba como un garrote y empezaba a dar brincos en aquella incómoda postura.

Hans apartó velozmente la cara, porque le pareció que el candelabro iba a caerle sobre ella.

Afortunadamente, cayó un poco más arriba y más a la derecha, sobre la almohada.

La llama de la única vela que continuaba encendida quedó tan cerca de su mano, que empezó a quemarle el dorso de la misma.

Hans ahogó un grito de dolor y se apresuró a apartar el candelabro, empujándolo con la cabeza.

Quedó en una posición idónea para aplicar a la llama de la vela la tira de cuero que le sujetaba la mano a la cama.

Y Hans lo hizo.

Sin perder un segundo.

La llama empezó a morder el cuero.

Hans miró un instante a Svetlana.

Seguía dando aullidos y brincos de mono.

Y no era para menos, porque la gota de cera caliente debía haberle abrasado el ojo.

Seguro que con él no volvía a ver.

Hans lo sintió por ella, pero tampoco olvidaba que Svetlana había intentado quemarle el pecho.

Sin duda había recibido el castigo que se merecía.

Hans volvió a prestar atención a la llama del candelabro.

Pronto partiría la tira de cuero.

Hans le ayudó, tensando los músculos de su brazo y tórax.

Escasos segundos después, la tira de cuero se partía y la mano derecha del fotógrafo quedaba libre.

Hans se apresuró a soltar la correa que le sujetaba la otra mano, soltando seguidamente las que le sujetaban los pies.

Saltó de la cama.

Svetlana lo miró, con su ojo sano; que despedía unos lagrimones como garbanzos, de tanto que estaba sufriendo por culpa del otro, el que recibiera la gota de cera caliente.

—¡Sucio hijo de perra! ¡Cuando vuelvas a estar sujeto a la cama te voy a quemar los testículos!

A Hans le dolieron sólo de pensarlo Pero lo que hizo después, no le dolió en absoluto. No, porque no podía dolerle el asestarle un seco puñetazo en el mentón a una mujer tan cruel como aquélla, que además, se había lanzado sobre él como una fiera, con intención de arrancarle los ojos con sus uñas. Svetlana emitió un gemido y se derrumbó, sin sentido. Lo primero que hizo Hans, tras librarse del ama de llaves, fue apagar la vela del candelabro, no fuera a prenderse fuego la ropa de la cama y acabase ardiendo toda la casa.

Después, se vistió rápidamente y se dispuso a abandonar la habitación

Tenía que encontrar a Carla, antes de que ella, por evitarle sufrimientos a él, se entregase al canalla de Lothar Bodendorf.

* * *

Eugenius Grzejszczak caminaba hacia el ala oeste de la casa, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Debía ser Jorg Thiede, que regresaba, después de haber hecho desaparecer el coche de Hans y Carla.

Eugenius pensó que era una tontería esperar a que Svetlana le abriese y decidió ir él.

Así lo eliminaría más pronto y luego, mientras Svetlana seguía vigilando al amigo de Carla, él bajaría al sótano y disfrutaría, esta vez completamente, de la sensual Inge.

Desde que Lothar Bodendorf le dijera que podía quedarse con la artista de strip-tease para su uso exclusivo, el polaco estaba deseando volver con ella y poseerla con furia.

Se había excitado contemplándola desnuda y toqueteándoselo todo, y necesitaba desahogarse como es debido.

Eugenius acudió presto a abrir.

Era Jorg Thiede, en efecto.

El apuesto rubio pareció extrañarse de que fuera el polaco quien le abriera porque siempre solía hacerlo Svetlana, pero no hizo ningún comentario al respecto. Entró en la casa.

Eugenius cerró la puerta y corrió el pesado cerrojo.

—¿Dónde está el señor Bodendorf? — preguntó Jorg.

—En su alcoba.

—Voy para allá.

—Quieto, Jorg —le cogió del brazo el polaco.

—¿Qué pasa? ¿Está con esa tal .Carla?

—Sí.

—Entiendo.

—No, no entiendes.

Jorg se dio cuenta de que Eugenius le miraba de un modo extraño y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Eugenius? ¿Por qué me miras así?

—El señor Bodendorf ya no te necesita, Jorg.

—¿Qué?

—La chica accedió a entregarse a él para evitar que su amigo sea torturado. El problema está resuelto.

—Entiendo.

—No, sigues sin entender, Jorg —movió la cabezota el polaco, lentamente.

Al rubio empezó a no gustarle nada aquello.

—Estás muy misterioso, Eugenius.

—Y tú vas a estar pronto muy frío.

—¿Frío...?

—Así están los muertos, Jorg. Espantosamente fríos. De momento, Jorg Thiede ya sintió frío en la espalda.

Como para ir acostumbrándose.

—¿Te ha ordenado el señor Bodendorf que me mates...?

—Al fin lo entendiste —asintió Eugenius, con una gélida sonrisa.

—¿Por qué?

—Eres el único que podría contar lo que sucede en esta casa, y el señor Bodendorf quiere asegurarse de que nunca lo hagas.

—¿Así agradece mis servicios?

—Te pagó bien por cada una de las mujeres que le trajiste.

—¡Pero no voy a poder disfrutar de ese dinero porque vas a matarme!

—Lo siento por ti, Jorg — volvió a sonreír fríamente Eugenius, y saltó de pronto sobre el rubio, cuyo cuello aprisionó con su poderoso brazo, agarrándole por la espalda.

Jorg Thiede no se resignó a morir.

Era joven.

Fuerte.

Atractivo.

Las más hermosas mujeres se rendían en sus brazos y ahora disponía de una bonita suma de dinero.

Sería estúpido dejarse matar, precisamente cuando podía darse la gran vida gracias a los «trabajitos» realizados para el horroroso Lothar Bodendorf.

El hombre que había ordenado su muerte...

Pues no

No iba a darle ese gusto.

En aquella tenebrosa mansión nadie lo sabía, pero él llevaba una pistola automática bajo la axila izquierda, descansando en una funda.

Jorg movió le mano hacia el arma.

Con menos rapidez de lo que él hubiera deseado, pero es que el rinoceronte de Eugenius apretaba más y más con su brazo de hierro y se asfixiaba por momentos.

No obstante, logró alcanzar la pistola con su diestra y extraerla.

Incluso llegó a curvar su dedo índice sobre el gatillo.

Pero eso fue todo.

Ya no tuvo fuerzas para apretar el gatillo.

Sus músculos estaban como dormidos, tenía la vista nublada y todo parecía girar a su alrededor.

Se moría...

Eugenius siguió presionando con su hercúleo brazo sobre el cuello del rubio.

Jorg sintió que la pistola resbalaba de su mano y caía al suelo.

Segundos después, ya era cadáver.

Eugenius lo soltó, dejando que se estrellara sordamente contra el suelo del vestíbulo.

—Misión cumplida — sonrió el polaco, y se dirigió al sótano, para hacerle el amor a la hermosa Inge.

* * *

Había dado sólo unos pasos, cuando Eugenius se detuvo, con extraño gesto.

¿Por qué Svetlana no había acudido a abrir?

¿No habría oído llamar a Jorg?

¿O acaso el amigo de Carla le estaría creando algún problema?

Eugenius dudaba mucho que esto último fuera posible, porque el tipo estaba fuertemente atado de pies y monos, pero decidió asegurarse.

Caminó con paso rápido hacia la escalera que conducía al piso alto, la que estaba al fondo del vestíbulo.

Ascendió por ella.

Estaba a punto de llegar arriba, cuando Hans Klein surgió de pronto ante él, esgrimiendo un atizador del fuego.

Antes de que el polaco pudiera hacer nada por evitarlo, el fotógrafo le golpeó duramente en la rapada cabeza con el atizador, causándole una profunda brecha, de la que brotó violentamente la sangre.

Eugenius perdió el equilibrio y se fue escaleras abajo, propinándose una serie de escalofriantes golpes.

Uno de ellos resultó fatal para él, pues le rompió el cuello, ocasionándole

la muerte instantánea.

Hans Klein no perdió el tiempo comprobándolo, aunque tampoco hacía falta, pues la posición en que había quedado la cabeza del polaco no dejaba lugar a dudas.

Carla Stecher lo necesitaba.

Tenía que seguir buscándola.

Y Hans pedía fervorosamente al cielo que llegase a tiempo de impedir que el miserable de Lothar Bodendorf la hiciese suya.

CAPITULO XII

Lothar Bodendorf se había sentado en el borde de su cama.

Contemplaba a Carla Stecher que seguía tendida sobre ella, inconsciente.

Cada vez la encontraba más hermosa y deseable, pese a que su rostro estaba falto de color.

Lothar no pudo resistir la tentación de acariciar aquel joven y maravilloso cuerpo, que muy pronto iba a hacer suyo, en cuanto Carla despertase.

Su abrasada mano tocó la suave mejilla, el delicado cuello, el nacimiento de los senos, moldeados y duros, el vientre, plano y acogedor, las firmes caderas, los muslos, largos, delgados, esbeltos...

Lothar Bodendorf notó que se excitaba.

Que deseaba cada vez con más ardor estrechar entre sus brazos el prodigioso cuerpo de mujer que yacía en su lecho, casi desnudo.

¿Y por qué no eliminar el «casi»?

Carla no pondría objeciones.

No se enteraría de nada.

Lothar Bodendorf no lo dudó más.

Con mano temblorosa, a causa de la creciente excitación, procedió a desabrochar el sugestivo sujetador, el cual arrojó al suelo casi con rabia, como culpándolo por haber ocultado el busto de Carla.

—Qué perfección... —murmuró, recreándose en la contemplación de los bellos senos de la muchacha, que luego acarició y besó con sus horribles labios, sintiendo que la sangre le ardía ya en las venas.

Carla Stecher, sumida en el profundo pozo de la inconsciencia, continuó inmóvil y con los ojos cerrados, ignorante de los abusos que el monstruoso Lothar Bodendorf estaba cometiendo con ella.

Lothar, babeante ya de deseo, deslizó sus repulsivas manos hacia el sucinto pantaloncito de la joven y lo fue bajando poco a poco, descubriendo el pubis y el sexo.

—Me parece que no voy a poder esperar a que te despiertes, Carla... —dijo quedamente, cuando ya una de sus manos buscaba la intimidad de la muchacha.

En efecto, no pudo esperar.

Con un brusco movimiento se sacó el camisón, quedando completamente desnudo.

Así, sin nada encima, aún resultaba más horroroso.

Iba ya a colocarse entre las piernas de la desvanecida Carla, que él se había encargado de separar, cuando la puerta se abrió de golpe y Hans Klein irrumpió en la alcoba, con el atizador del fuego en la mano derecha.

La impresión que se llevó Hans, al contemplar aquel espanto viviente que era Lothar Bodendorf, fue tremenda.

Quedó paralizado.

Sin habla.

Y es que no podía dar crédito a sus ojos, pese a que la bruja de Svetlana ya le había advertido que había que tener un estómago muy fuerte para no desmayarse al mirar a Lothar Bodendorf.

Pero aquello superaba con creces todos los horrores imaginables.

Lothar Bodendorf era el más horrible de los monstruos.

No obstante, Hans Klein logró reaccionar.

Influyó mucho en ello el ver a Carla Stecher tendida de espaldas en la cama, pálida y con los ojos cerrados, la cabeza ladeada, el sujetador arrancado, el pantaloncito bajado, los muslos separados y al horripilante Lothar Bodendorf preparándose para violarla.

Violación que, por el momento, no podría llevarse a cabo, pues la inesperada aparición del fotógrafo había enfriado por completo a Lothar Bodendorf.

Pese a todo, Hans rugió:

—¡Apártese de Carla, monstruo!

Lothar Bodendorf, encolerizado, saltó de la cama y se colocó rápidamente el camisón, cubriendo su abrasado y deforme cuerpo.

—¡Maldito hijo de ..!

—¡Cállese o le abro la cabeza con el atizador! — amenazó Hans, aproximándose a él a grandes zancadas, el atizador en alto.

Lothar retrocedió, asustado.

—¿Cómo demonios has podido soltarte? — inquirió.

—Eso no le importa

—¡Svetlana te vigilaba!

—Svetlana está ahora tan tuerta como usted

—¿Qué...?

—Ella se !o buscó, per macabra y cruel.

—¿Y Eugenius? ¿Cómo has podido burlarle?

—Eugenius está muerto — informó Hans.

—¿Muerto...? —repitió Lothar, incrédulo.

—Sí.

—¿Le has matado tú?

—No, yo sólo le casqué en todo el melón con el atizador. Que se cayera rodando por la escalera y se quebrara el cuello no es culpa mía.

Lothar Bodendorf se quedó callado.

Estaba mucho más asustado que antes, porque sin el corpulento Eugenius se sentía indefenso como un niño.

Hans, miró a Carla.

—¿Qué le ha hecho, canalla?

—Nada, sólo está desvanecida.

—¿Iba a forzarla así, hallándose ella inconsciente?

Lothar no respondió, pues temía ganarse un golpe de atizador.

—Es usted tan asqueroso y repugnante por dentro como por fuera, señor

Bodendorf — masculló Hans, los músculos del rostro atirantados—. Debería machacarle el cráneo con el atizador.

—¡Carla había consentido!

—¡Porque usted la amenazó con torturarme si no se le entregaba dócilmente! ¡Svetlana me lo dijo!

Lothar volvió a guardar silencio.

Hans se acercó a Carla, para tratar de reanimarla.

Antas, sin embargo, le cerró las piernas, le subió el pantaloncito y le colocó el sujetador, sin perder de vista en ningún momento a Lothar Bodendorf

—Carla... —la llamó, palmeándole las mejillas—. Despierta, Carla.

Algunos segundos después, la joven volvía en sí.

—¡Hans! — gritó, al verle junto a ella.

Hans le sonrió tiernamente.

—¿Estás bien, Carla?

La muchacha iba a responder, cuando descubrió el horroroso Lothar Bodendorf.

—¡Hans...! — chilló, agarrándose al fotógrafo.

Este le acarició la espalda con la mano izquierda.

—Tranquilízate. Carla. Ese monstruo ya no puede hacernos ningún daño. Eugenius ha muerto y Svetlana está inconsciente; la dormí de un puñetazo. La policía castigará como se merece a Lothar Bodendorf y su ama de llaves.

—¡Quería obligarme a...!

—Lo sé.

—¡Me dije que Svetlana te mutilaría horriblemente si me negaba a entregarme a él!

—Sí, es así de cerdo. Por fortuna, pude soltarme y llegué a tiempo de impedir que te hiciera suya.

—¡Yo había accedido, pero me desmayé cuando se despojó de la sábana bajo la cual se ocultaba y me mostró su cara y su cuerpo!

Hans le dio un beso en la mejilla.

—Qué mal rato debiste pasar.

—¡Horrible, Hans! — sollozó Carla, apretándose más a él.

—Cálmate, todo ha pasado ya. Ahora...

De pronto, la joven dio un respingo.

—¡Cuidado, Hans! — gritó, al ver que Lothar Bodendorf intentaba escapar.

Hans soltó a Carla y corrió hacia la puerta, cortando el paso al monstruoso Lothar, al que amenazó con el atizador.

—Usted no va a ningún sitio, señor Bodendorf.

—¡Sucio bastardo!— rugió Lothar.

—Retire eso en seguida o le peino con raya al medio a golpes de atizador.

Lothar, que le creía muy capaz, no necesitó meditarlo.

—Lo retiro.

—Así está mejor, pelo de panocha.

Súbitamente, Carla pegó un chillido.

—¡A tu espalda, Hans! — advirtió, angustiada.

Hans saltó hacia su izquierda, cuando ya Lothar Bodendorf relinchaba:

—¡Dispara, Svetlana!

El ama de llaves, que acababa de aparecer en la puerta empuñando la pistola automática de Jorg Thiede, apretó el gatillo en el preciso instante que Hans Klein pegaba el ágil salto, apartándose de la trayectoria de las balas.

Esto último resultó de lo más funesto para Lothar Bodendorf, pues fue él quien recibió en su pecho las dos primeras balas que la pistola escupió.

Lothar retrocedió, empujado por los impactos, al tiempo que se llevaba las manos al pecho y lanzaba un alarido.

No tardó en desplomarse, sin vida, pues uno de los proyectiles le había atravesado el corazón.

Quedó boca arriba, su único ojo extremadamente abierto, el pecho cubierto de sangre.

Svetlana, paralizada por la consecuencia de su fallo, miró fijamente a Lothar Bodendorf con su ojo izquierdo, el único por el que podía ver.

En el otro, el derecho, tenía una llaga espantosa, causada por la gota de cera caliente que le cayera en él.

Pero la inmovilidad del ama de llaves duró muy poco.

Apenas tres segundos.

Luego, volvió velozmente la pistola hacia Hans Klein, dispuesta a no fallar esta vez y vengar así la muerte de Lothar Bodendorf y de Eugenius.

Pero Hans no la dejó disparar de nuevo.

La atacó con el atizador, descargándolo sobre su brazo, con tanta fuerza, que le partió limpiamente los huesos cubito y radio.

Svetlana dio un aullido y soltó inmediatamente la pistola, de la cual se apoderó con rapidez Hans, apuntando con ella al ama de llaves.

—¡Quieta, bruja! — ordenó.

Pero Svetlana no le hizo caso.

Pese a verse encañonada por una pistola automática, tener un brazo roto y un ojo ciego, aquella especie de demonio con faldas que era Svetlana se arrojó como una pantera sobre Hans Klein, deseosa de morderle o arañarle algo.

Pero el fotógrafo no tenía ganas de que le mordieran o le arañaran nada, y menos una mujer tan fea como aquélla, así que golpeó en la cabeza al ama de llaves con la pistola.

Svetlana emitió un extraño sonido gutural, más propio de un perro que de una persona, y cayó al suelo, donde quedó tendida de bruces, sin sentido.

Hans resopló.

—Diablo de mujer... Tendré que atarla de pies y manos, para que no vuelva a lanzarse sobre mí, cuando despierte.

—¡Hans! — exclamó Carla, saltando de la cama y corriendo hacia él

Se echó en sus brazos.

Hans la estrechó cariñosamente contra su pecho.

—Parece que ahora sí que ha terminado todo. Carla.

—Aún nos queda algo por hacer, Hans — repuso ella, levantando la cabeza y mirándolo a los ojos.

—¿El qué?

—Liberar a las mujeres que Lothar Bodendorf tiene prisioneras en el sótano.

—¿En el sótano...?

—Sí.

—¿Te lo dijo él...?

—Sí.

Seguidamente. Carla le contó lo que sabía.

—Pobres mujeres... —murmuró Hans, estremecido.

EPILOGO

Antes de nada, Hans Klein ató de pies y manos a la desvanecida Svetlana, utilizando el cordón que sirviera a Lothar Bodendorf para llamar, desde su alcoba, a Eugenius o a la propia ama de llaves.

Después, llevó a Carla Stecher a la alcoba que ellos ocuparan antes, para que la joven se vistiera.

Entonces, bajaron al sótano.

Allí, además de Inge Zinn, la artista de strip-tease, había otras cuatro mujeres, todas ellas igualmente jóvenes y atractivas

Y todas ellas sin ropa

Por fortuna, sus vestidos y prendas íntimas seguían allí, tirados en el suelo, y pudieron colocárselos cuando Hans y Carla las liberaron al tiempo que las informaban de lo ocurrido.

Las mujeres también contaron a Hans y Carla su historia, así como los mil y un horrores a que Eugenius las había sometido, amén de los sucios abusos que con ellas había cometido el polaco y las varias violaciones de que habían sido objeto por parte del horroroso Lothar Bodendorf, hallándose ellas atadas a su lecho con correas.

Además de las asquerosas cucarachas y las repugnantes ratas de agua, en el húmedo y macabro sótano había serpientes, arañas, sanguijuelas, escorpiones, saltamontes, hormigas rojas y otras muchas clases de bichos, así como también diversos aparatos de tortura, a cuál de ellos más doloroso de soportar.

Más tarde, cuantío abandonaron el siniestro sótano y se disponían a dejar la casa llevándose a Svetlana, que seguía inconsciente, encontraron el cadáver de Jorg Thiede en el suelo del vestíbulo, muy cerca de la puerta

—Debió matarlo Eugenius, poco antes de que yo me tropezara con él y le golpeara con el atizador —adivinó Hans.

Abandonaren la mansión.

Frente a ella se hallaba el Mercedes gris propiedad de Lothar Bodendorf y que Jorg Thiede utilizaba para realizar su sucio trabajo.

Hans, Carla, Inge y las otras cuatro mujeres, se introdujeron en el coche, después de meter a Svetlana en el maletero, para que no mordiese a nadie si se despertaba por el camino.

Media hora después, estaban en Munich, informando de todo a la policía.

Svetlana, al ser interrogada por el comisario-jefe, no tuvo más remedio que corroborar lo que ya habían dicho Hans, Carla, Inge y las otras mujeres, confesando también que no era cierto que Lothar Bodendorf pensase dejar sus bienes a la mujer que accediese a compartir su lecho con él.

Hubieran sido para Eugenius y para Svetlana, que tenían orden de asesinar, tras la muerte de Lothar Bodendorf, a la mujer que hubiese compartido con éste los últimos meses de su vida.

El ama de llaves también confesó que Jorg Thiede había hecho desaparecer

el coche de Hans, seguramente en el fondo de! pantano que habla a sólo unos pocos kilómetros de la casa.

—¿Y qué hago yo ahora? — exclamó Hans

El comisario-jefe le tranquillo, diciéndole que podía quedarse con el Mercedes de Lothar Bodendorf, como compensación.

Hans lo aceptó muy contento, pues salta beneficiado con el cambio.

Al salir de la comisaría, Hans preguntó a Carla:

—¿Te llevo a tu casa o a la mía?

—A la tuya — respondió ella, sin vacilar.

Minutos después, ya en la casa del fotógrafo, Carla dijo:

—Quisiera darme una ducha. Hans.

—Considérate en tu casa —sonrió él.

—Gracias — le devolvió ella la sonrisa, y se introdujo en el cuarto de baño.

Hans se desnudó completamente y se metió en su cama, donde esperó a Caria, cubierto hasta la cintura y fumando pausadamente un cigarrillo.

Lo estaba aplastando ya en el cenicero que descansaba sobre la mesilla de noche, cuando Carla entró en el dormitorio, envuelta en una toalla.

Hans se quedó mirándola.

—¿Para qué es la toalla?

—¿Qué esperabas, que saliera desnuda del baño?

—¿Por qué no?

—Porque no se suele salir así, a menos que uno se halle en su casa y solo.

—Mi casa es la tuya, te lo dije antes.

— Solo circunstancialmente.

—Para siempre si tú quieres.

El rostro de Carla Stecher resplandeció.

—¿Me estás pidiendo en matrimonio?

—Eso parece.

—¿Oh. Hans, qué alegría me das! — exclamó la joven, lanzándose sobre la cama.

Hans la abrazó y la besó en los labios.

Sin separar su boca de la de ella, la dejó sin la toalla y comenzó a acariciarla, cada vez más ávidamente.

Carla que estaba sobre él, levantó la cabeza y le miró, un tanto extrañada.

—Hans...

—¿Qué?

—¿Vamos a tener otra sesión práctica?

—¿No te apetece?

—Claro. Pero pensaba que tú...

—¿Yo, qué?

—Bueno, como en aquella horrible mansión ya me diste un par de lecciones...

—Un buen profesor siempre tiene que estar dispuesto a enseñar.

Especialmente, si se trata de enseñar a una alumna tan preciosa como tú.

—¿Seguro que tú lo estás?

—En seguida te lo voy a demostrar —repuso Hans, haciéndola caer a su lado y colocándose él sobre ella

Carla comprobó inmediatamente que sí, que su profesor estaba pero que muy dispuesto, y no tardo en sentirlo dentro de ella.

—¡Hans! — gimió de placer.

—Tú calla y aprende —dijo él.

Y eso hizo Carla Stecher, callar y aprender.

Y aprendió pronto, porque Hans Klein se había tomado muy en serio su papel de profesor y siguió dándole clases noche tras noche.

Claro, con una alumna así...

FIN